

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

B. MIGLIORINI.—*Storia della lingua italiana*. Firenze, Sansoni, 1960, pp. XVI-841.

En estos últimos años no han faltado estudios sobre la historia de la lengua italiana; ensayos notables, a veces extraordinarios, han sido publicados sobre fenómenos o momentos particulares, comenzando por los estudios sobre el italiano antiguo de uno de los más doctos filólogos de nuestro siglo, E. G. PARODI (1), los de G. FOLENA (2) sobre el Quattrocento, hasta las páginas ya clásicas sobre la forma poética del Ottocento de C. DE LOLLIS (3). No es ahora posible recordar la gran cantidad de volúmenes que han enriquecido poco a poco los estantes dedicados a la historia de la lengua. En el fondo los más importantes son aquellos que han contribuido a poner al día y a interpretar con una panorámica mirada de conjunto el material descubierto y estudiado poco a poco; recordemos el volumen fundamental debido a A. SCHIAFFINI, el cual se ha limitado a tratar en sus *Momenti di storia della lingua italiana* (4) solamente sectores particulares de la historia.

Muy notable también es la contribución, tan brillante como densa

(1) Recogidos por G. FOLENA en el volumen *Lingua e Letteratura*, Venezia, Neri Pozza, 1957.

(2) *La crisi linguistica del Quattrocento e l' "Arcadia" di I. Sanzaro*, Firenze 1952.

(3) *Saggi sulla forma poetica dell'Ottocento*, Bari, 1929.

(4) Ed. Studium, Roma 1953.

y aguda, de B. TERRACINI, sobre el espíritu de la lengua italiana desde los Orígenes a nuestros días (5). que en el volumen de MIGLIORINI no ha sido citada (6). La primera tentativa audaz de un tratado sintético general fue el *Profilo di storia linguistica italiana* de G. DEVOTO (7). el cual valientemente comienza por ordenar con espíritu histórico toda la materia, según un plan que responde a una disposición teórica unitaria, coherente y sistemática, suscitando, como era obvio, aprobaciones y disentimientos sobre puntos particulares.

Aquel ágil *Profilo* resultaba y resulta aún ahora interesantísimo por la expresión y el constituirse orgánico de un pensamiento que, sin insistir en la búsqueda de materiales de archivo, lexicológico y sintáctico, traza agilmente el problemático retrato de la historia de la lengua sobre la base del dilema eterno de tradición y de poesía, de "lengua" y de "habla".

Pero todavía se lamentaba la inexistencia de un tratado orgánico y exhaustivo al mismo tiempo, para colocarlo junto a aquel monumento que es el BRUNOT para el francés y el MENENDEZ PIDAL para el español. Y ahora, con feliz coincidencia, el año que ha visto celebrar el milenario de la lengua italiana (se remonta al 960 la primera frase que no se expresa sobre módulos latinos sino que muestra un carácter claramente italiano) ha visto también aparecer bajo una bella forma editorial la esperada y amplia *Storia della lingua italiana* de BRUNO MIGLIORINI.

Ha visto la luz después de veinte años de trabajo que Migliorini iba anticipando en las páginas de revistas literarias, publicando alguna parte de la *Storia*. Y cada vez se ha agudizado más en nosotros el deseo de ver concluido el voluminoso trabajo que se venía preparando poco a poco con el juntar de las piezas de un claro y ordenado mosaico (8).

(5) L' "Aureo" trecento e lo spirito della lingua italiana, en "Giornale storico della letteratura italiana", CXXXXIV, fasc. 405, pp. 1-36.

(6) De Terracini sólo se citan las *Pagine ed appunti di linguistica storica*, Firenze, 1957. Podemos añadir ahora el artículo *I Mille anni della lingua italiana ed il centenario dell'unità nazionale*, en "Lettere Italiane", 1961.

(7) Firenze, La Nuova Italia, 2.^a edic., 1953.

(8) Entre los anticipos de la *Storia* recordamos los ensayos recogidos en *Lingua e cultura* (Roma, Tuminelli, 1948), los *Saggi sulla lingua del Novecento* (Firenze, Sansoni, 1941), el ensayo *Tra il latino e l'italiano*, dado a conocer bajo forma de 'dispense' y publicado en el volumen *Problemi e orientamenti critici di lingua e letteratura italiana*, dir. por

Ahora, terminado el trabajo, hacemos con la *Storia* de Migliorini un sugestivo viaje a través del curso de la historia, una historia que ha penetrado en la lengua, vista no como "forma interna" o como lengua escrita o literaria, ni menos aún como estilo individual, sino como institución lingüística, manifestación colectiva y social. Es la historia del enriquecimiento y del empobrecimiento de lo 'istituto' que refleja encuentros, choques, influencias recíprocas de pueblos y cultura. El autor tiene sobre todo en cuenta los fenómenos de vacilación en el léxico y en la gramática: sonidos, grafía, forma, construcciones, contactos entre lengua y dialecto. En particular las investigaciones en el campo del léxico son sin duda la más rica aportación de Migliorini, que ha puesto de este modo a disposición no sólo de los lingüistas sino también de los historiadores de la literatura una verdadera mina de palabras ambientadas y fundidas con el fluír perenne de la historia. La mayor parte de los detalles y de los análisis pertenecen al trabajo personal como investigador del autor; no se sistematizan en la *Storia*, resumidamente, ni se interpretan resultados ajenos: el material está recogido directamente. Migliorini trabaja siempre de primera mano, con la paciencia y la firmeza del investigador que extrae con amor de las nieblas de lo inédito la carta desconocida o el documento de archivo. Ahora podemos, con el trabajo ya completo, imaginar las grandes dificultades que el autor ha debido encontrar en la compilación de su trabajo: en primer lugar, la escasez de monografías o estudios dedicados en particular a un siglo o período dado de la lengua, como por ejemplo para el '600, para el cual el autor ha debido desempeñar el papel de pionero, haciendo cuidadosos sondeos para abrirse por sí solo camino a través de una selva inexplorada. Una segunda dificultad, la búsqueda de un tono idéntico desde el principio al fin de un libro que por la relativa escasez de precedentes viene a ser al mismo tiempo investigación personal y síntesis expositiva.

¿Ha logrado Migliorini superar estas dificultades?

A. MOMIGLIANO (Milano, Marzorati, 1948-49), mientras una parte del mismo había aparecido en "Lettere Italiane" (VI, 1954, pp. 321-35). En la revista "La Rassegna della letteratura italiana", dir. por W. BINNI, habían aparecido los siguientes ensayos: *Panorama dell'italiano trecentesco*, n. 1, (1954), pp. 1-35; *Panorama dell'italiano quattrocentesco*, n. 2 (1955), pp. 1-39; *Panorama dell'italiano secentesco*, n. 1 (1956), pp. 1-52.

El autor sigue un esquema preciso y externo desde el comienzo al fin de la obra: en los distintos capítulos clasificados a la manera tradicional por siglos, se antepone a la investigación gramatical una descripción sumaria de los sucesos políticos, de la vida y de las condiciones culturales de la época. Este procedimiento, aunque puede parecer un poco monótono y mecánico, es didácticamente muy útil, de gran uso práctico (9). Así pues, se desdoblan de este modo premisas históricas o culturales gracias a la investigación de las formas y del léxico, cotejando, sin fundirlas, la investigación sintética con la investigación analítica. Por otra parte, Miglionini claramente consciente del objeto y del método de su búsqueda, sabe que la lengua "quale la riceve dai contemporanei chi partecipa a una data comunità non altro è che un'astrazione, fondata su miriadi di singoli atti di linguaggio concreto", pero sabe que se puede estudiar esta lengua como término medio, como uso normal, como institución condicionada por formas y por significados, y la encierra entre límites precisos para fijar la grafía de cada siglo, los hechos gramaticales y léxicos, los sonidos, las formas, las construcciones, los latinismos, las voces anticuadas o dialectales, los extranjerismos. No se quiere, expresamente, trazar una historia del estilo, sino que se vuelve "agli aspetti, sia pure più modesti, che appaiono nella complessa realtà dell'uso linguistico quotidiano". Es justamente la objeción que cabría hacer a la *Storia* de Migliorini: la de descuidar y dejar poco espacio a la lengua literaria, al estilo y a la historia de éste; faltan las caracterizaciones concretas de las lenguas individuales donde las instituciones gramaticales son observadas viviendo y operando dentro de la conciencia lingüística de los escritores; faltan las monografías breves y personales, orgánicamente ligadas entre sí y ancladas firmemente en la realidad lingüística. Abriendo las páginas del capítulo sobre el '500 por ejemplo, aún cuando programáticamente el autor no haya querido seguir esta línea, no podemos menos de lamentar la falta de una rápida y sumaria monografía estilística y lingüística de un Tasso, supongamos, visto como lazo de unión entre el '500 y el '600, como aquel que cierra el problema de la lengua en el Quinientos, abriendo aquella fase lite-

(9) Y al uso práctico ayuda también mucho el *Indice Alfabético* final de todos los vocablos, de los nombres propios más importantes y de los fenómenos lingüísticos tratados en el volumen.

rariamente unitaria, nacional, que culminará en la prosa de Daniello Bartoli.

Pero después de todo, aunque se discuta incluso de métodos y principios, es necesario por deseo de objetividad anclar que las divergencias teóricas, reduciéndose a la diferencia de expresiones espirituales y de temperamento, no son más que caminos distintos que conducen a un mismo fin. Existen centenares de maneras de afrontar la crítica literaria, y cada uno emprende el camino que mejor le conviene; del mismo modo el desarrollo tan complejo de una historia lingüística puede ser enfocado desde puntos de vista bastante diferentes. Lo importante es seguir hasta el final aquella senda escogida con convicción; y Migliorini hace ya tiempo que ha escogido el camino, puesto que su posición resulta implícitamente clara, en parte por el modelo ideal que él abiertamente declara, la Historia de Brunot, y después por el interés especial del lingüista entregado esencialmente al detalle, al léxico, a la historia de éste; en la lengua que cada uno de nosotros tiene ante sí, la lengua media de la sociedad, Migliorini se desenvuelve con toda facilidad, y se mueve en ella como gran señor. Volvemos a encontrar en la *Storia* el Migliorini de *Lingua contemporanea* y de *Lingua e cultura*, que huye voluntariamente de todo aquello que en la lengua es demasiado individual, a causa de la necesidad de tener ante sí esquemas claros, netos y precisos. Los diversos escritores aparecen en la *Storia* no como personalidades artísticas (solamente a Dante se le ha dedicado un capítulo por la importancia excepcional de su obra en el ámbito de formación de la lengua literaria), sino como momentos de desarrollo del proceso lingüístico, mezclados con juristas, economistas, técnicos y científicos. En los doce capítulos del libro, desaparece la personalidad de cada escritor, pero este es el modo de moverse con una perspectiva de amplias fases históricas bien ordenadas, aclaradas y netamente dibujadas.

Falta la parte dedicada a la lengua contemporánea. Hubiera sido ciertamente deseo de todos ver el trabajo extendido más allá de 1915, hasta nuestros días, período que ha sido estudiado por Migliorini en otros trabajos con atención y excepcional competencia.

GIAN LUIGI BECCARIA
Univ. de Salamanca

CONSTANTINO GARCÍA.—**Contribución a la historia de los conceptos gramaticales. La aportación del Brocense.** Premio "Antonio de Nebrija" 1958. Revista de Filología Española, Anejo LXXI, Madrid, 1960.

Una doble perspectiva se ofrece al enjuiciar este libro: valorar, por una parte, la aportación del Brocense a los estudios gramaticales; por otra, considerar los elementos, según las distintas interpretaciones a través de los tiempos, que constituyen la estructura de la gramática. El sentido unitario del estudio de Constantino García se logra al engarzar las opiniones del Brocense —que a veces nos sorprende con intuiciones de innegable modernidad— en la historia de los conceptos gramaticales. El libro puede así, justamente, aspirar a contribuir al estudio de la historia de la filología española. En unos casos, el tema abordado roza la lingüística en su más amplio sentido teórico lindante con lo filosófico, como cuando se presenta la oposición, en el siglo XVI, entre quienes admiten la arbitrariedad del signo lingüístico o su motivación, entroncables respectivamente con las doctrinas de Aristóteles y Platón. Otras veces se pretende situar y definir la figura humana y científica del Brocense, que se nos muestra como continuador de Nebrija pero sin par entre los gramáticos de su siglo; se pone de relieve su originalidad, se alude a su actividad como profesor de Salamanca, se recuerdan los dos procesos inquisitoriales sufridos, se tiene en cuenta el éxito de su *Minerva*, sobre todo en Italia, y se le destaca como precursor del racionalismo por su método, que le lleva a subordinar el lenguaje a la lógica.

Aparte el capítulo final sobre *Sintaxis* y los dos iniciales de *Teoría del lenguaje* y *Teoría de la gramática*, el libro se articula, tras la discusión de las diferentes *Partes de la oración*, en torno a los tres elementos que, según el Brocense y algunos lingüistas modernos, componen el sistema morfológico: *El nombre*, *El verbo* y *Las partículas*. La interjección y el pronombre se estudian previamente por no considerarlas el Brocense verdaderas partes de la oración, puntos en los que coincide con algunas posturas modernas: la interjección, porque es independiente de todo lenguaje; el pronombre porque —como luego pensaron Bello y Amado Alonso— o es nombre sustantivo o adjetivo. Este último, el adjetivo, se estudia con el nombre en un capítulo que dedica distintos apartados al caso, al

género, al número y a los diminutivos. También el verbo se nos presenta analíticamente estudiado en sus diferentes accidentes gramaticales.

La aportación del Brocense, mejor dicho, sus intuiciones y su originalidad (porque su influencia en España fue escasa) quedan perfectamente analizadas. Piénsese en su concepción del lenguaje como hecho social. Y, sobre todo, en su concepto de la gramática, en la que prescinde del significado de las palabras para fijarse en su función; en los diminutivos vislumbra ya, por encima de la idea de disminución, su valor afectivo; también distingue al verbo por sus características morfológicas —personas y tiempos— frente al nombre, caracterizado por el género y el caso.

Pero en el libro hay otro filón importante, de gran utilidad para el estudiante o investigador que quiera tener a mano las diversas opiniones, diacrónicamente consideradas, sobre la oración y sus partes. La reseña de “autoridades” abarca desde filósofos y gramáticos clásicos (Platón, Aristóteles, Dionisio el Tracio, Donato, Prisciano), pasando por los humanistas (Scalígero, Nebrija) hasta los modernos gramáticos y lingüistas españoles (la Real Academia, Bello, Lenz, Gili Gaya, A. Alonso y H. Ureña) y extranjeros (Bally, Marouzeau, Jespersen, Meillet, Vendryes, Bröndal, Hjelmslev, Sapir, Togeby).

El alcance histórico-gramatical del libro de Constantino García es innegable. Sin embargo, no todos los capítulos satisfacen por igual. Quizá sea el interés del tema, quizá la utilidad evidente del enfoque adoptado, pero lo cierto es que en algunos capítulos se echa de menos un más detenido análisis; se tiene a veces la impresión de cierta rapidez expositiva y el lector queda añorando, a lectura ultimada, una más remansada exposición. Si ello, en el fondo, es lo mejor que puede decirse de un libro, quisiera señalarlo contemporáneamente como su acierto y su límite.

Señalo, para final, que entre las opiniones gramaticales no tiene Fernández Ramírez el relieve debido. Extraño el hecho de que, al hablar de los pronombres, se le cite sólo en una nota para hacer notar que pone una objeción a la teoría de Hjelmslev, sin exponer, en cambio, la definición, rigurosamente gramatical, que da del pronombre el propio Fernández Ramírez. No obstante, la escrupulosidad y honradez informativa presiden este serio trabajo, que mereció por ello el Premio Antonio de Nebrija 1958.

EMILIO ALARCOS LLORACH.—*Fonología Española*. (3.^a edición aumentada y revisada). Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1961.

Ante una nueva edición, con notables aumentos de orden cualitativo y cuantitativo y con el consiguiente enriquecimiento bibliográfico, de la fundamental *Fonología Española* de Alarcos, lo que se impone es dar breve noticia de las modificaciones introducidas. No es cosa, después de once años (la 1.^a edición data de 1950 y de 1954 la 2.^a) de presentar el libro ni de definir su significación en el ámbito de nuestros estudios fonéticos y fonológicos.

En la exposición de la materia, la obra sigue manteniendo la estructura originaria; incluso la numeración de los apartados se mantiene casi idéntica. Pero, comparando atentamente no sólo los índices sino el contenido, se perciben oportunos incrementos en la imprescindible puesta al día de las distintas cuestiones. Los añadidos, paradójicamente, dan mayor compacidad al texto, que gana en aclaraciones y en precisión. Algo de la árida abstracción originaria se esfuma al lograr mayor adherencia a los hechos concretos de la lengua. Es significativo a este respecto que se acuda a veces al concepto —ausente en anteriores ediciones— de “realismo fonético”. Y hasta hay una frase añadida, que comparto plenamente, que me parece índice de la nueva actitud: “Es ineludible un puente entre la fonética y la fonología” (p. 27).

Dos aspectos del libro, al margen de la exposición doctrinal, muestran el progreso experimentado en la tercera edición. El primero es la Bibliografía General, que precede al texto, en vez de ir distribuida al final de cada capítulo. Consta esta lista bibliográfica, numerada para facilitar la remisión a la misma, de 216 títulos, aparte otros citados en las notas y algunos números bis. (Señalo, como mero error tipográfico, la falta del núm. 9, que parece debiera corresponder a Ch. Bally, *Intonation et syntaxe*). Para que la penuria de bibliografía italiana en este campo no estuviera casi del todo ausente de tan rica lista, hubiera podido citarse el artículo de A. Castellani, *Fonotipi e fonemi in italiano*, en “Studi di Filologia Italiana”, XIV, 1956, ps. 57-63, ya que los incompletos *Elementi di Fonologia Generale*, de W. Belardi, son posteriores a 1958 en que se cierra el catálogo de Alarcos.

El otro punto del libro, también enriquecido, es el Índice de términos,

que demuestra precisamente la incorporación y utilización de nuevos conceptos, como “campo de dispersión” de cada fonema, para referirse a los límites articulatorios dentro de los cuales pueden producirse sus variantes; el “contraste” en el decurso, para distinguirlo de la “oposición” en el sistema; la “norma” social e individual, que Coseriu añade al “habla” concreta y al “sistema” lingüístico; la terminología acústica en relación con los análisis del “espectrógrafo”; el “diasistema”, referido sobre todo a los dialectos, etc.

Otros apartados del libro, aunque no lleguen a conclusiones diversas, se han rehecho en función de una mayor argumentación y claridad. Pienso, por ejemplo, en la cuestión de las semivocales y de las semiconsonantes, que Alarcos sigue considerando, con argumentos que parecen irrefutables, como simples variantes de los fonemas *i* y *u* (Véase sobre el mismo argumento, del propio Alarcos, *Semivocales y semiconsonantes españolas*, en “Archivum”, IX, 1959). También se acrece lo referente a la fonología de la frase, se habla de la diacronía aplicada a la dialectología y se aumentan de modo especial los puntos referentes a la descripción del sistema fonológico español, principalmente en el aspecto diacrónico.

Esperemos todos que Alarcos se asuma periódicamente la enojosa tarea de ir poniendo —y poniéndonos— al día, precisando y aclarando, la ardua problemática de las teorías fonológicas, para que el libro siga siendo lo que fue desde el primer momento: la incorporación de los estudios españoles, en el plano teórico, a la nueva fonología; y la aplicación constante a nuestra lengua de los principios y de los resultados a que vaya llegando la investigación mundial en este terreno.

JOAQUIN ARCE

WERNER KÜPPER.—*Leopoldo Alas “Clarín” und der französische Naturalismus in Spanien*. Tesis doctoral, 187 páginas + 6 de bibliografía, Colonia, 1958.

En esta tesis doctoral alemana —una prueba más del creciente interés en el extranjero por *Clarín*— estudia el autor la posición de Alas con respecto al naturalismo francés, tanto en sus artículos de crítica como en la aplicación práctica en sus obras creativas.

Preceden al estudio propiamente dicho unas breves observaciones sobre el clima político de la España del siglo XIX y un esbozo general de las actividades literarias de *Clarín*. Además se plantean los problemas de la tesis: ¿le corresponde a Leopoldo Alas el nombre de “Zola español”? ¿Es *La Regenta* una típica novela naturalista?

En la parte A (“El naturalismo francés en España”) trata Küpper brevemente de algunos autores del “pre-68” y luego de Valera, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Galdós, etc. Duda el autor de que se pueda hablar de naturalismo en el caso de Galdós. *La desheredada* no se escribió con el mismo propósito con que escribía Zola. Se trata más bien de mostrar a los españoles cómo viven las clases bajas de la sociedad de su tiempo. También rechaza Küpper la idea de Casaldueiro de que *Lo prohibido* sea la novela más naturalista de Galdós, ya que las neurosis de la familia de don Rafael no determinan sus acciones (p. 21).

Sigue un examen de la crítica española ante el naturalismo. Da un resumen de la posición de Revilla, González Serrano y Gómez Ortiz. Este último era, según Küpper, el que mejor conocía las novelas francesas. De González Serrano critica la comparación y aun recomendación del realismo clásico español por ser tan distinto el espíritu del siglo XIX. Esta objeción la repite el autor después (p. 159).

La cuestión palpitante le merece a Küpper un tratamiento detenido. Recuerda el autor que en esta obra se hizo por primera vez una clara distinción entre realismo y naturalismo. Observa que Pardo Bazán trata superficialmente a Flaubert, y que, en cambio, los Goncourt eran sus favoritos.

Los apuntes... de Valera los considera Küpper poco sistemáticos, cargados de detallismo innecesario y desprovistos de argumentos fuertes (página 42).

El resto de la tesis trata de *Clarín*, la parte B de sus escritos críticos, la parte C de *La Regenta* y *Su único hijo*.

Nota el autor que en medio de los cambios ideológicos se destaca un período de defensa calurosa del naturalismo. Küpper encuentra extraño que ciertos críticos se empeñen en llamarle no-naturalista “como si el serlo fuera un delito” (p. 50). Desde este momento en el trabajo del autor alemán se observa que equipara continuamente la crítica teórica de *Clarín* con su obra creativa, viendo en ésta una demostración de aquélla. A nuestro parecer esta interpretación es errónea. La lógica sistemática nunca fue

el punto fuerte de Alas, y si se notan numerosas contradicciones entre sus declaraciones “teóricas” acerca del naturalismo, la distancia entre sus novelas y su crítica es tal que una vez lanzado a *crear* tendía a olvidarse completamente de teorías y doctrinas. Tampoco es enteramente correcta la declaración de Küpper de que los favoritos de Alas (Galdós, Echegaray, Valera, Palacio Valdés) “pueden escribir lo que quieran, siempre habla favorablemente de sus obras” (p. 51). Sería más justo decir que si las crítica cuando lo cree necesario aunque no emplea nunca el estilo satírico al hacerlo.

Elogia el autor la teoría de Alas sobre la novela en general. Cotejándola con la estética de los tratadistas modernos concluye que la de *Clarín* no ha perdido nada de su validez.

En la segunda parte de esta sección Küpper toma otra vez posición contra los críticos modernos que rechazan cualquier idea de naturalismo en *Clarín*. “Cuantos más rasgos naturalistas contiene una novela tanto mejor es para él” (p. 65). Pero se contradice al afirmar una y otra vez que *Clarín* no aceptó nunca el positivismo filosófico (p. 69 y 74), contradicción que se refuerza más adelante al declarar el autor que hay algo de Zola y de Flaubert en Alas pero que “no es dominado por todas estas cosas sino que está encima de ellas y ha conseguido, gracias a su fuerza creativa como artista darles forma y enlazarlas en una sola unidad” (página 93). Como dijimos antes, la contradicción no es enteramente la de Küpper, sino también de Alas mismo. La misma distinción que hizo *Clarín* entre el Zola teórico y el artista hay que aplicarla a las obras de Alas. Si Küpper lo hubiera hecho, no habría dicho que en *La Regenta* Alas “pone en práctica todo lo que había afirmado teóricamente en su crítica” (página 75).

Al examinar en la parte C *La Regenta* continúa Küpper explicando el supuesto naturalismo de esta novela a base de la teoría expresada por *Clarín* en otros escritos. Así, por ejemplo, dice que la voluntad de Ana Ozores no es libre (atacando los estudios de William Bull), y como prueba de esta afirmación cita lo que dijo Alas en su discurso en el Ateneo (página 119). Sin demostrarlo con ejemplos concretos dice Küpper que “sólo las condiciones especiales de esta pequeña ciudad de provincia española, en unión con el carácter de ella hacen posibles los sucesos entre Ana Ozores y Fermín de Pas” (p. 123). Poco antes (p. 120) había reconocido

que aunque hay esta forma de determinismo, no aceptó *Clarín* en teoría, ni puso en práctica, la llamada experimentación.

Aplaude el autor alemán el que *Clarín* se anticipara a los hallazgos de la psiquiatría moderna al estudiar detenidamente las neurosis de Ana, la estrecha relación entre las crisis nerviosas y la condición física de la protagonista, así como el tratamiento de psicoterapia a que la someten el doctor Benítez y el magistral (p. 114).

En la sección que Küpper dedica a una comparación de *Madame Bovary* y *La Regenta* (p. 124 y ss.) destaca sobre todo las diferencias, tomando posición contra Clavería que vio más bien semejanzas. Los argumentos de Küpper nos parecen convincentes: la frustración de Ana se debe especialmente a experiencias negativas de su juventud y al fracaso de su matrimonio, y no a una desequilibrada imaginación que forja un mundo ficticio incompatible con las posibilidades de su vida real como en el caso de Emma Bovary.

En el capítulo que trata del clero (p. 133), observa el autor que no es *La Regenta* una novela de tesis anticlerical. El tratamiento es humano, no teórico. Se dirige la crítica de *Clarín* contra algunos clérigos que individualmente son viciosos. Por eso es esta novela superior a las de tema religioso de Galdós, Alarcón o Pereda. “Los personajes no son portavoces de una teoría fijada *a priori*, la cual debería probarse por medio de aquéllos” (p. 134). Añade Küpper que no le resulta muy clara la verdadera religiosidad de Alas. Esto se debe probablemente a que el autor no tiene en cuenta figuras como Pompeyo Guimarán, el ateo convertido, o el obispo Camoirán que Werner Küpper despacha como “viejo cretino” (p. 139), por no hablar de los numerosos cuentos de asunto religioso que en su conjunto dan una idea completa del pensar religioso de Alas.

Sigue un capítulo sobre “*La Regenta* y la moral” en que el autor llama esta novela la más erótica de aquel período. Alvaro Mesía es un verdadero Don Juan aunque adaptado al espíritu científico del siglo XIX. En este sentido interpreta Küpper la preocupación de Mesía por su salud, es decir como una utilización de los conceptos de la medicina moderna. Le parece erróneo que Baquero Goyanes hable de “desdonjuanización” (p. 148).

En cuanto al estilo nota el autor que éste difiere del naturalista típico:

1. por erótico que sea el asunto el lenguaje es siempre indirecto y eufemístico (p. 140 y ss.);
2. el autor español se aparta a veces del tratamiento rigurosamente impersonal de la escuela francesa, usando la

primera persona del plural, y sobre todo por el uso del humorismo irónico (p. 150 y ss.); 3. hablando de enfermedades *Clarín* se expresa en términos generales en vez de explicarlas técnicamente como hace Zola.

Concluye Küpper que *La Regenta* sólo representa un acercamiento al naturalismo francés, ya que falta lo principal, la base científica.

La parte B de la tesis trata de *Su único hijo*. En ella se ocupa Küpper sobre todo en reseñar y criticar el estudio de Baquero Goyanes, sobre esta novela.

Según Küpper no implican la falta de ambientación y el desenlace relativamente rápido una técnica idéntica a la que usa *Clarín* en sus cuentos.

La fecha de la acción debe ser 1860 ó algo más tarde y no 1850 como afirma Baquero. Según Küpper tenía Bonis 18 años cuando, en 1840, admiró a la Tiplona (así interpreta el “muy joven” de *Clarín*). El “otoño viril” con que describe *Clarín* la edad de Bonifacio en el momento de la acción de la novela, corresponde, según Küpper, a una edad de al menos 40 años. Con razón destaca el autor alemán la importancia de fijar lo más exactamente posible esta fecha porque sólo así se puede interpretar correctamente la sátira del romanticismo rezagado, tema principal de la novela.

La ausencia del fondo concreto que tanto lugar ocupa en *La Regenta* la explica Küpper por los cambios en las ideas acerca del naturalismo que se evidencian en los ensayos de esta época. Estudiando estos ensayos, no resulta tan inclasificable *Su único hijo* como lo creía Azorín.

A Küpper no le parece tan “fríamente impersonal” esta novela como a Baquero Goyanes. Insiste sobre el aspecto personal del uso de la sátira pero no ve en ella el propósito de ridiculizar el naturalismo.

En cuanto a la comparación de Emma Valcárcel y Emma Bovary no ve Küpper gran semejanza, ya que la Emma de *Clarín* no tiene la ambición de hacerse superior a su ambiente. Sólo quiere vivir en conformidad con sus instintos eróticos.

Observa Küpper algunos errores de composición de importancia relativa y concluye diciendo que aunque temáticamente la novela está dentro de su época el estilo personalísimo de *Clarín* le da un lugar único entre sus contemporáneos.

La última parte, C, contiene las conclusiones generales de la tesis. Caracteriza Küpper a Leopoldo Alas como el único auténtico representante del naturalismo en España. No es ésta la conclusión a que llega el lector

del trabajo de Küpper, porque difícilmente se puede hablar de naturalismo en el caso de un autor que (1) rechaza la aplicación del determinismo científico; (2) niega la experimentación como recurso novelístico; (3) no cree en la necesidad de retratar exclusivamente casos de perversión, degeneración, etc.; (4) no trata en sus novelas de las clases ínfimas de la sociedad; (5) usa al hablar de asuntos escabrosos un tratamiento eufemístico en vez del lenguaje brutal del naturalismo típico; (6) rehuye el estilo técnico, analítico al describir enfermedades; (7) permite la intromisión de la personalidad del autor en la forma del humorismo satírico, totalmente ausente en el naturalismo zolesco.

Le queda, entonces, al autor asturiano solamente la técnica de observación de la realidad, o sea la preparación del "documento", pero esto ya era típico del realismo anterior a Zola y además es para *Clarín* sólo el punto de partida de una elaboración artística en que la imaginación cambia y re-crea la realidad observada.

Vuelve el autor a mencionar la religiosidad de Alas. Hubiera sido mejor dejar fuera esta cuestión porque es tan compleja que no se puede resolver en una página. Además no corresponde a la conclusión de una obra que no trata de este tema.

Otra contradicción se observa en que por una parte se queja Küpper de que *Clarín* quede despachado con pocas palabras en los manuales de literatura y por otra cree que la crítica lo ha colocado en un pedestal. Luego dice que no le corresponde tal pedestal porque no ocupaba ninguna posición excepcional entre sus contemporáneos. Sin embargo, Küpper mismo habla repetidas veces de los méritos poco comunes, tanto de *La Regenta* como de *Su único hijo*, indicando específicamente en qué consiste la superioridad de Leopoldo Alas con respecto a los otros novelistas de su generación (véanse p. e. las págs. 93, 114, 134 y 178).

Resumiendo, podemos decir que la tesis de Werner Küpper representa un trabajo serio, bien documentado y que sólo las conclusiones al final del libro necesitan una revisión que las ponga en concordancia con lo expuesto en la tesis misma.

GONZALEZ ALVAREZ, ANGEL.—*Tratado de Metafísica*.
Ontología. Biblioteca Hispánica de Filosofía. Editorial Gredos.
Madrid, 1961. 454 páginas, 24,5 x 16 cm.

Nos atrevemos a calificar de acontecimiento extraordinario en la vida filosófica española la aparición de esta nueva obra del prestigioso Catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, Dr. don Angel González Alvarez. Tal calificación no es hiperbólica, habida cuenta, por una parte, de la escasez de tratados sistemáticos y completos de metafísica escritos en nuestra lengua, y, por otra, de los grandes méritos intrínsecos que avaloran el *Tratado* que reseñamos.

La simple lectura del índice basta para darnos idea clara del contenido de la obra, e incluso permite vislumbrar el procedimiento a que obedece su desarrollo. Las *cuestiones proemiales* ofrecen valiosas consideraciones sobre la ontología y su lugar en la metafísica, el dato inicial de la metafísica y el contenido de la ontología. A continuación se trata, en sendas secciones, del *ente trascendental* (existencia, naturaleza, propiedades y primeros principios, contracción a los inferiores), de *las estructuras metafísicas del ente particular* (esencia y existencia, materia y forma, sustancia y accidente, cantidad y cualidad, naturaleza y legalidad) y de *la causalidad del ente* (concepto de causa, causas material, formal y ejemplar, causa eficiente, causa final).

Altamente interesante es la novedad que ofrece la sección segunda, en la cual se aborda —como queda indicado— el estudio de las estructuras metafísicas del ente particular. Esta formalidad de la estructuración del ente se halla ausente de la inmensa mayoría de los tratados de ontología, que, contentándose con exponer las cuestiones relativas a las categorías del ente, parecen descuidar el tratamiento —también ontológico, y en muy alto grado— del ente categorial.

En cuanto al procedimiento de desarrollo de la obra, el autor ha logrado satisfacer la “clamorosa exigencia de objetividad” que su espíritu genuinamente filosófico le impone; tal exigencia, modestamente apuntada en el prólogo como aspiración del filósofo, se presenta, a los ojos del lector atento y desapasionado, como un logro indiscutible. A sus requerimientos, el Dr. González Alvarez fija, ante todo, su mirada en los hechos de la experiencia para encontrar en ellos el germen de la inquietud filosófica que desencadenará la especulación metafísica. Y es que, como

él dice, “sólo si las cosas mismas tienen la primera palabra, podemos al espíritu humano concederle la última”. Así, el estudio de las estructuras del ente particular se inicia siempre con la comprobación de un hecho de experiencia, de alcance universal, que suscita el planteamiento de un interrogante metafísico y estimula a buscar su solución, a la cual acerca el análisis fenomenológico de los mismos hechos.

Esa misma exigencia de objetividad le hace moverse con la soltura e independencia debidas cuando, para mejor decantar la verdad de los temas o problemas estudiados, recurre a la historia del pensamiento, sin despreciarla, pero también sin esclavizarse a ella. Por eso, vemos surgir constantemente, a lo largo de la obra, consideraciones históricas, ya sea de manera incidental, ya —con mayor frecuencia— de modo sistemático; véanse, por ejemplo, en este último sentido, la dimensión histórica en el capítulo sobre la existencia del ente trascendental; las concepciones del ente en la filosofía griega, en la escolástica y en la moderna, incluidas en el capítulo que estudia la naturaleza del ente trascendental; las posiciones insuficientes que rompen las estructuras metafísicas del ente, en toda la sección segunda; y, por último, las concepciones históricas de la causalidad, en el capítulo primero de la sección tercera.

También como imperativo de la objetividad, el Profesor González Alvarez da muestras de innegable autenticidad filosófica. Porque es filósofo auténtico el que, más que alardear de serlo, sabe mantenerse fiel a sí mismo, lo que, en último término, se reduce a ser fiel a la verdad personalmente aprehendida, poniendo en su búsqueda, ante todo, seriedad, constancia y entera dedicación, cualquiera que sea el camino emprendido.

Otro mérito relevante del *Tratado* es su alta calidad didáctica. Porque se trata de un libro “dirigido muy especialmente a los estudiantes”, el autor no ha perdido de vista ni por un solo instante a los destinatarios. En ese aspecto, ha logrado magníficamente plegar el vuelo del razonamiento y del discurso, para no salirse de los cauces recomendados por el método de enseñanza. No quiero esto decir que nos encontremos frente a un simple manual; antes al contrario, la densidad de la obra permite utilizarla satisfactoriamente en diversos niveles de profundidad, por lo cual prestará gran servicio, no sólo a los escolares, sino también a los docentes y profesionales de la filosofía, e incluso a aquellos que deseen meditar filosóficamente sobre las abundantes riquezas que el

libro lleva en germen, pero que, desarrolladas, hubieran producido un volumen mucho mayor.

Así, pues, todos los que de alguna manera nos sentimos vinculados a la filosofía, tenemos razón más que sobrada para felicitarnos por esta ejemplar obra, que viene a engrosar la ya nutrida producción filosófica de su autor. A él son debidas las mayores alabanzas y el mayor reconocimiento, por haber puesto en nuestras manos un instrumento tan valioso, y —más aún— por habernos señalado una línea de conducta en la búsqueda y difusión de la verdad.

Por último, no queremos olvidar a la Biblioteca Hispánica de Filosofía, que con este volumen alcanza un nuevo éxito en su noble afán divulgador de la filosofía, ni a la Editorial Gredos, que ha sacado a la luz un libro de impecable impresión y agradable lectura.

SALVADOR CABALLERO SANCHEZ

WERNER HOFMANN. *La escultura del siglo XX*. Biblioteca Breve. Seix Barral. Barcelona, 1960.

No es frecuente enfrentarse con libros que versen sobre escultura, de la misma forma que no son frecuentes las exposiciones individuales de escultura, sobre todo exposiciones que merezca la pena ver. En España es ésta una de las parcelas artísticas más desatendidas, en parte por esa predisposición natural del español para la ignorancia, cualquiera que sea su posición social. El español que siente curiosidad por cualquiera de los variados problemas que se debaten en el mundo de la cultura, y se entrega a ellos generosamente, tarde o temprano pagará su osadía. La mediocridad debe ser el módulo respetado por todos, y mediocres tienen que ser, en consecuencia, los exponentes expresivos de nuestro genérico sentir. Es un mal endémico, cuyas consecuencias tenemos que aceptar si de verdad deseamos comprender el perfil vital de nuestra patria. De ahí el esencial tibetanismo de nuestros compatriotas más representativos en las distintas ramas del saber y del obrar, desde Tioda hasta Picasso.

No es frecuente, hemos dicho, enfrentarse con libros que versen sobre

escultura. Vamos hoy, por excepción, a encararnos con uno de ellos, de rigurosa doctrina artística, cuya lectura nos llena de sonrojo. Se titula “La Escultura del siglo XX”, y su autor, de nacionalidad alemana, se llama Werner Hofmann. Un libro injusto con los españoles, pero, como veremos más adelante, con “injusticia” indudablemente “justificada”, o al menos disculpable, enraizada en nuestro culto por la mediocridad.

Hofmann demuestra a lo largo de todo su estudio conocer al detalle el resurgir escultórico del siglo XX, y las múltiples enrucijadas en donde se fueron gestando las constantes activas de ese resurgimiento. Inaugura su exposición con una serie de consideraciones teóricas e históricas afines a su propósito, señalando, de paso, los avatares de la larga decadencia escultórica, iniciada en los postreros resplandores renacentistas, y estabilizada, en su pobreza, desde los fines del siglo XVII hasta los umbrales de nuestro siglo. Hace hincapié, en esta parte, en la mezcla permanente que soporta y exhibe la escultura de “artesanía” y de “creación”.

La segunda parte del libro aparece dedicada al siglo XIX, para dar entrada, con fundamentos ambientales, a los dos artistas que, en su disparidad de concepto, van a cubrir todo el comienzo del siglo XX: Rodin y Maillol, a los que Hofmann agrega, en acarreo precursor, inclinado uno hacia el clasicismo, y vuelto el otro hacia la presencia fáctica de los humildes, y los hallazgos expresivos del barroquismo, a Hildebrand y a Meunier. No deja de ser curioso que al comienzo de cada época, o tendencia escultórica, sitúe a pintores que momentáneamente sintieron la llamada de la escultura. Para él, los pioneros que fertilizan el final del siglo XIX, y condicionan el lenguaje gradilocuente y narrativo de Rodin, fueron, precisamente, Gericault y Daumier.

La tercera parte del estudio, aquella en que ya abiertamente se ocupa de la abundante producción escultórica de nuestro siglo, la divide el autor en dos secciones, tituladas, respectivamente, “La preservación del humanismo”, y “En busca de nuevas formas”. Resultaría ahora prolijo enumerar todo lo que estas dos secciones contienen. Con claridad y rigor expositivo Hofmann adentra al lector en cada una de ellas, mostrándole la riqueza expresiva, y los sorprendentes hallazgos, de los grandes escultores europeos contemporáneos, lanzados, unos, a la búsqueda de rehumanizaciones acordes con las directrices del pensamiento actual, viéndolo en el hombre, en sus triunfos y en sus derrumbes, en su realidad

concreta y en sus ensueños, el paradigma de la creación. Es un arte ascético, cargado de contenido vivencial, a menudo excesivamente atormentado, donde se funden, a la par, propósitos testimoniales, y problemas de índole espacial, resueltos, a veces, con cierto efectismo descriptivo. Otros ven en el arte una especie de juego, un singular escapismo más o menos supeditado a todo aquello que deseamos dejar a nuestras espaldas. Hay, sin embargo, en este aparente triunfo lúdico, más desgarrones de los que solemos sopear. Es la sonrisa al borde de la mueca. Y otros, en fin, preocupados por la función básica de la escultura, tratan de conseguir para sus obras un "orden plástico peculiar" recreando un mundo amanecido en el esplendor sensual de inéditas formas, derivadas de los más elementales postulados de la naturaleza. No debemos de olvidar, por otra parte, que para muchos escultores actuales es objeto primordial del arte, y a él se entregan con abnegación y entusiasmo, la dignificación de los materiales empleados.

En el libro de Hofmann encontramos abundantes noticias de todos aquellos escultores que con su esfuerzo contribuyeron a la riqueza y a la expansión actual de la escultura, transformándola en un arte independiente, con su propio mundo de significado y de expresión, con su propia técnica y su propia calidad. Cada uno de ellos aparece estudiado en rápida síntesis, con exactitud y suficiente acopio de noticias. "La Escultura del siglo XX" resulta, en resumen, un libro caudaloso de información, en donde podemos ver y comprender la evolución y el desarrollo de la escultura en nuestros días, tanto en su aspecto formal como en su contenido emotivo, a través de los jalones sucesivos fijados a los perfiles creadores de Balarch, Lehmbruck, Marini, Wotruba, Brancusi, Archipenko, Gabo, Pevsner, Calder, Arp y Moore.

¿Y nombres españoles, se preguntarán algunos, no figuran en ese libro dedicado especialmente a la escultura europea del siglo XX? Pues sí, figuran. Pero figuran Gargallo, Julio González, Picasso —estos dos últimos con toda la extensión que merecen— y al final, en unas páginas dedicadas al momento presente, Chillida. Entre unos doscientos nombres de escultores aparecen cuatro españoles, de los cuales tres crearon toda su obra fuera de España.

En este aspecto el libro de Hofmann, como ya hemos dicho, es justo e injusto al mismo tiempo. Es injusto al silenciar —y desconocer— a Clará, a Llimona, a Huguet, a Julio Antonio, a Capuz, a Laviada, a Al-

berto Sánchez, a Barral, a Ferrant, a Oteiza, a Pedro Serrano, y algunos otros que involuntariamente olvidamos, en este momento. Es justo por silenciar —y desconocer— a Mariano Benllure, a Querol, a Marinas, a Cullaut-Valera, y a otros que voluntariamente queremos olvidar. Sin duda Hofmann se dio una vuelta por nuestro amado Madrid y pudo admirar la gigantesca tarta colocada al lado del estanque del Retiro, conocida con el nombre de “Monumento a Alfonso XII”, —en ella colaboraron escultores de valía, pero no pudieron resistir el aplastante peso del proyecto general—, o el hermoso pastel nupcial, tozudamente hipertrofiado con nuevas figuras recientemente, que inmortaliza a nuestro más preclaro escritor, capaz por sí solo de inmunizar hasta para leer *El Quijote*; o cualquier otro de sus monumentos modernos, gala y orgullo de nuestra villa y corte. Sólo así se explica el silencio y la indiferencia que su libro siente por la patria de Berruguete, donde —da vergüenza confesarlo, pero es preciso decirlo— el arte de la escultura se hibridiza tan a menudo con el halagador y suculento menester reposteril.

J. VILLA PASTUR

JUAN LOPEZ MORILLAS.—*Intelectuales y espirituales (Unamuno, Machado, Ortega, Lorca, Marías)*. Revista de Occidente. Madrid, 1961.

Uno de los fenómenos más curiosos de la literatura española contemporánea es, sin duda, el hecho —plenamente perceptible— de que los escritores que por cualquier circunstancia se hallan ligados, bien en vínculo ideológico o simplemente por afecto intelectual, a Ortega y Gasset, son los que manejan nuestro idioma con más garbo, con más elegancia, y con mayor sutileza y facultad expresiva a la vez. Ortega, entre otras muchísimas cosas, enseñó a los españoles propíncuos a la meditación de índole cultural el arte de bien escribir. Posiblemente no exista hoy ninguna literatura extranjera —ni siquiera la francesa— capaz de parangonarse con España en este aspecto. Ortega abrió al bronco y compacto bloque de la filosofía las ventanas suficientes para que la claridad y el aire vivificador inundasen sus más recónditos reductos. No olvidemos, por otra parte, que gracias a él y a Unamuno, el ensayo de carác-

ter filosófico —junto con la poesía— prestigia hoy en el mundo el valor de las letras españolas.

Nace este preludio laudatorio tras la lectura de un estupendo libro de ensayos, debido a un escritor del que prácticamente desconocemos casi todo. Se llama Juan López Morillas, y el libro en cuestión, editado por la "Revista de Occidente", se titula "Intelectuales y Espirituales". Un libro donde se recogen diez ensayos publicados originalmente en revistas de España, México y los Estados Unidos, dedicados a reseñar algunos caracteres singulares en la obra de Unamuno, Antonio Machado, Ortega y Gasset, García Lorca y Julián Marías. De dicho escritor leímos, hace años, un extenso estudio sobre el krausismo español, ejemplar por la imparcialidad y precisión que demuestra ante tan debatido problema, abordado en todas sus fases con caudaloso acopio de noticias. Si a esto agregamos que López Morillas reside actualmente en Norteamérica ocupado en menesteres docentes, agotamos nuestro conocimiento sobre él. O sea: del autor que vamos a tratar ahora sólo sabemos que es profesor en alguna Universidad norteamericana, y que antes que el libro que va a ocupar ahora nuestra atención, ha publicado otro titulado "El krausismo en España". Y eso es todo.

Los ensayos reunidos en "Intelectuales y Espirituales" se distribuyen, de conformidad con su asunto, de la siguiente manera: dos aparecen dedicados a Unamuno; uno a Machado; cuatro a Ortega y Gasset; uno, al alimón, a Ortega y a Julián Marías; uno a García Lorca; y otro a Julián Marías.

Unamuno aparece estudiado por López Morillas desde dos vertientes distintas: la literaria y la ideológica. En la primera de ellas se sirve de un relato inserto en "Niebla", el episodio en que aparece Antolín S. Parrigópulos, para estudiar, apoyándose en él, la estructura de las novelas unamunianas. En el segundo, partiendo del artículo "La fe pascaliana", colaboración del escritor al homenaje dedicado a Pascal, en 1923, por la "Revue de Métaphysique et de morale", trata de pesquisar el concepto de la "agonía", tan decisivo en el pensamiento y en la obra de Unamuno. La confrontación de Pascal y de Unamuno, aparece trazada con gran rigor, señalando las afinidades y las diferencias de ambos pensadores, volcados los dos hacia las íntimas vivencias de la angustia vital.

Una frase entresacada de "Juan de Mairena": "La poesía es diálogo, el diálogo de un hombre con su tiempo", le sirve a López Morillas para

exponer la interpretación temporal de la poesía machadina, analizando, al mismo tiempo, la evolución de esa "temporalidad", originada en la "durée" bergsoniana, y modificada más tarde bajo el influjo de el "tiempo primario" heideggeriano. A través de las páginas de este apretado estudio, uno de los más sustanciosos y fecundos del libro, el cañamazo intelectual de Antonio Machado aparece asediado desde nuevos puntos de vista, imprescindibles ya para la comprensión de nuestro gran poeta.

Ortega y Gasset, lo hemos anotado más arriba, figura en este libro en lugar preferente. De él se habla en cinco escritos diferentes. En un "breve prólogo" para universitarios americanos, se exponen con rigor y elementalidad las líneas directrices de su filosofía. Puede servir este ensayo, en consecuencia, como pórtico para los cuatro siguientes. El segundo de esos escritos está dedicado a puntualizar algunas tesis básicas del pensamiento orteguiano: aquellas que se oponen al concepto de "naturaleza" en el hombre, formuladas y defendidas al denunciar lo que suele denominar "épocas clásicas". Sabido que para Ortega el hombre no "tiene naturaleza", esa armazón prefabricada en que —al decir de las épocas clásicas— se instala cómodamente cuando llega al mundo. El hombre es un ser innumerable y multiforme: en cada tiempo, en cada lugar, es otro. Y por ello es "historia", tiene "historia", de tal modo que por ser una entidad infinitamente plástica puede llegar a ser cualquier cosa. Si el hombre fuese "naturaleza" permanecería siempre igual a sí mismo.

El tercero de estos ensayos dedicados a Ortega se encara con su modo de concebir la crítica literaria. Primero en su juventud, de marcado matiz personalista, y más tarde tendente hacia la simpatía, —en menoscabo de la función esencialmente crítica —ya que únicamente recaban su interés aquellas obras que por cualquier circunstancia le sirven para explotar una fase determinada de la historia de la cultura. El último ensayo dedicado íntegramente a Ortega es un consideración sobre los dos primeros libros póstumos del filósofo: "El hombre y la gente", y "¿Qué es filosofía?"

Entremezclados con los artículos reseñados, aparece un estudio en torno a la edición de las "Meditaciones del Quijote" publicada, con comentario perpetuo, por Julián Marías. Señala en él, López Morillas, los avatares que circunscriben la historia de este libro, fundamental en el pensamiento orteguiano, ya que en él culmina su primera fase —la llamada "perspectivista". Son dignos de todo elogio los trabajos realizados

por el anotador, por la sutilidad y el profundo conocimiento que demuestra de los profundos problemas filosóficos que aparecen en el libro, desarrollados unas veces, y apenas esbozados otras.

La poesía de García Lorca la estudia López Morillas de un modo parcial, partiendo para ello de la organización humana del "Romancero Gitano". Nos encontramos ante un estudio de psicología poética. García Lorca ha partido, en los poemas que constituyen dicho libro, del "primitivismo del gitano", y a través de ese primitivismo, repleto de símbolos elementales, ha llegado a una organización compleja y genuina de un modo peculiar de vivir donde la violencia tiene preponderancia, sobre todo en los temas del amor y de la muerte. Enfocados desde el fenómeno "primitivismo" descubre Morillas afinidades entre el "Romancero" y "Un poeta en Nueva-York", por la afinidad en la estructura psíquica del gitano y del negro, apegados ambos a formas sencillas, elementales y tópicas, del vivir.

"Intelectuales y Espirituales" termina con un ensayo donde se analiza el contenido de las "Obras Completas" de Julián Marías, en vías de publicación. Señala Morillas la importancia del tomo I, en que aparecen "Historia de la Filosofía" e "Introducción a la Filosofía", por la originalidad de enfoque, derivado de la plena vigencia de "la razón vital". La "Introducción a la Filosofía", nos dice, es un tratado completo donde aparecen formulados los problemas más recientes y prometedores del quehacer filosófico. Con estos dos libros se enlaza, como sólido complemento, el titulado "Biografía de la Filosofía", y los numerosos ensayos breves incluidos en el tomo III. Tiene el estudio de Morillas la novedad, justísima desde todos los puntos de vista que se le considere, de realzar la originalidad existente en el pensamiento de Marías, al prolongar y complementar el pensamiento de su maestro. Julián Marías ha contribuido de un modo decisivo a que en España tengamos una filosofía. Y ha contribuido a ello, de una parte desarrollando con sin igual maestría las ideas germinales de Ortega, y de otra, sin salirse del campo de la razón vital con sus hallazgos personales de extraordinario valor.

Y esto, expuesto acaso demasiado sumariamente, es sólo una pequeñísima parte de lo que contiene este estupendo libro de ensayos.

JOSE ORTEGA Y GASSET.—“Meditación de Europa”. *Revista de Occidente*, Madrid 1960.

Los escritores que al morir dejan abundante obra inédita consiguen, durante unos años, una especie de supervivencia activa que prolonga su acción entre sus seguidores. Si ese escritor, además, orientó su laborar hacia las regiones del pensamiento puro, buscando desentrañar los secretos que condicionan el vivir humano en su dimensión cultural, la señalada acción superviviente se acrecienta en proporciones congruentes con el nivel alcanzado en sus búsquedas. Tal es el caso de Ortega y Gasset, cuya obra al completarse paulatinamente con la publicación de sus libros inéditos, consigue altitudes que los libros publicados a su muerte sólo hacían presentir, sobre todo para aquellos que no tuvimos la suerte de asistir a sus cursos docentes, prolongados al final de su vida en el “Instituto de Humanidades”.

Desde el fallecimiento de nuestro filósofo, la editorial “Revista de Occidente” ha ofrecido a la curiosidad de los lectores de Ortega siete obras inéditas, todas de plena madurez conceptual, esparcidas en una sucesión cronológica que abarca, aproximadamente, unos veinticinco años de fecundo trabajo, y posteriores, en consecuencia, a “El Tema de Nuestro tiempo”, escrito crucial, como bien saben nuestros lectores, de la filosofía orteguiana. De esas obras inéditas, una, la titulada “La Idea de Principio en Leibniz y la Evolución de la Teoría Deductiva”, a pesar de su carácter fragmentario, señala el esplendoroso apogeo de su aportación al pensamiento europeo contemporáneo, siendo, sin duda, el más profundo tratado de filosofía escrito en español en todos los tiempos. Aparte de esas siete obras publicadas hasta ahora en la colección de “Obras Inéditas”, otros libros suyos, anteriormente editados, se enriquecieron después de su muerte con extensos capítulos vedados al conocimiento público. Son esos libros “Velázquez”, “Goya”, “Misión de la Universidad” y “La caza y los toros”. Los dos primeros —“Velázquez” y “Goya”— nacieron del desdoblamiento, con numerosas añadiduras, de “Papeles sobre Velázquez y Goya”, uno de los últimos libros publicados en vida por Ortega. A ellos es preciso añadir “Prólogo para Alemanes”, incluido por la editorial Taurus en su colección de “Cuadernos”, donde aparecen numerosas noticias autobiográficas referentes a sus juveniles estudios en Berlín y en Marburgo.

El último tomo publicado de sus "Obras Inéditas" se titula "Meditación de Europa". Si mentalmente retrotraemos nuestro pensamiento a los albores del siglo presente, es decir: a las mocedades de Ortega, descubrimos que el título nuevo resulta vetusto en su azacanedo laborar. Europa es tema permanente en sus escritos desde los primeros balbuceos literarios —recordemos el lema: "España es el problema y Europa la solución"— hasta su más sazonzada maduración ideológica. Sus ataques a Toynbee, tan frecuentes en las últimas obras —aparte de la dedicada exclusivamente a ese objeto, a la que oportunamente dedicamos nuestra atención— obedece, en su raíz, a la frivolidad que exhibe el historiador británico al enjuiciar la realidad social de Europa como fecundadora de las nacionalidades actuales, y sobre todo por el concepto de "nacionalidad" que extrae de esa postura.

"Meditación de Europa" es un libro breve, adicionado con unos cuantos artículos, de intención periodística, afines a la idea rectora del escrito básico. Tiene su origen en una conferencia pronunciada en Berlín, en 1949, con el título "De Europa meditatio quaedam". La conferencia que más expectación ha despertado en la culta capital alemana en todo lo que va de siglo. Su contenido fue posteriormente revisado y ampliado por Ortega con el propósito de proceder a su publicación en libro, proyecto que no llegó a cristalizar, quedando inacabado el texto, tal como ahora se publica. La conferencia de Berlín, y los sucesivos añadidos, sirvieron de base para dos nuevas lecciones, profesada una en Munich, en 1953, y la otra en Venecia, en 1954. El libro es, al igual que tantos otros libros suyos, un libro truncado. No deja de ser extraño que los estudios más decisivos de nuestro filósofo: "Meditaciones del Quijote", "El Hombre y la Gente" y "La Idea de Principio en Leibniz", aparezcan mutilados, y ya para siempre sin posible final.

A través de este estudio Ortega plantea dos problemas íntimamente entrelazados: uno la realidad de Europa, derivada del mundo grecolatino, como sustentadora de las nacionalidades que de ella brotaron, cuya presencia —la de la entidad cultural Europa— se mantiene, más o menos acusada, a lo largo de los tiempos como una "realidad enteriza", o dicho con otras palabras, como una supernacionalidad acotada por una uniformidad de pensamientos, y de "usos". El otro problema se relaciona con el nacimiento y la configuración dinámica e interna de las Naciones, buscando los rasgos que definen y caracterizan su existencia. Para el filó-

sofo español el concepto de nacionalidad es un producto típicamente europeo, que aparece en nuestro continente a principios del siglo XVI y que presupone, precisamente, la “existencia” de Europa como una realidad social colectiva vigente en su función histórica.

Exponer ahora la sutileza de los razonamientos orteguianos desde el concepto de “Polis” al concepto de “Nación”, desde el sentido de “heleidad”, incapaz de superar su contorno utópico, hasta la concreción operante de “Europa”, supera, con mucho, las dimensiones de la presente nota. Por otra parte la claridad expositiva de Ortega resulta en todo momento tan nítida y transparente que el tratar de resumirla, vulgarizándola, lo consideramos como un atentado a la probidad intelectual. Por eso nos limitamos a vocear el hecho de que su libro se ha publicado, señalando, al mismo tiempo, a los voluntariamente olvidadizos, su extraordinaria importancia en el campo de las actividades históricas y los menesteres políticos. Leer libros de tal calibre nos redime, en parte, de la pobretería intelectual que nos rodea, y cuando, además, esos libros están escritos por un español que siente la “españolía” circular por sus venas como un ingrediente vital imprescindible, nos llena de orgullo.

J. VILLA PASTUR

JULIAN MARIAS.— *Ortega, Circunstancia y Vocación.*
Revista de Occidente, Madrid, 1960.

El libro que va a ocupar ahora nuestra atención tiene singular interés, no sólo prendido a su tema —Ortega y los inicios de su filosofía—, sino que en él concurren otros factores decisivos que realzan su aparición. Mientras la polémica, bastarda e interesada, tejida en España en torno a sus ideas, trata de desvirtuar el significado magistral de su doctrina, una institución cultural extranjera —Rockefeller Foundation— subvenciona a su mejor discípulo para que desentrañe y muestre al estudioso imparcial el meollo de esa doctrina. En España, desde los lejanos tiempos del Padre Suárez, la filosofía runruneaba, con más o menos garbo, con más o menos elegancia, resobados ecos de fenecidos sistemas, insistiendo, tozuda, en dar vida a lo que ya sólo eran sombras. Contra esa atonía quiso reaccionar, sin conseguirlo, la simpática y atrayente figura de

Balmes. Y es precisamente en Ortega y Gasset, en su fecunda obra, en donde se despierta un nuevo entusiasmo por el saber filosófico, patente ya en la labor realizada por algunos de sus discípulos.

Pero el pensamiento de Ortega, de curso casi subterráneo a través de sus múltiples libros, no se entrega con facilidad al primer curioso que llega a él. Acaso en la claridad de su estilo, tan carnoso y succulento, subyace la paradoja de su dificultad. La lectura de Ortega es siempre plácida y arrulladora. El brillo sensual de su prosa distrae nuestra atención, dejándola resbalar por su superficie repleta de encantos, de auténticas galas literarias, de halagos y donaires. La sorpresa artística nos veda el fondo conceptual y dramático que taladra cada una de sus páginas, lo mismo cuando se inclinan a la aparente ligereza de una divagación paisajística, que cuando nos narran el turbio origen del Imperio Romano. Por otra parte Ortega no ha escrito ni un solo "libro de filosofía".

Esta última afirmación sorprenderá a algunos lectores. La bibliografía orteguiana es abundante en títulos, y muchos de ellos ayudan de modo directo a la filosofía. Hay, sin embargo, una peculiaridad en esos libros. Todos ellos, a excepción de las "Meditaciones del Quijote", fueron antes de ser libros, antes de reunirse en volumen, piezas sueltas de su labor publicitaria, artículos de periódico o revista, conferencias, lecciones de cátedra parcialmente salvadas, etc. Por otra parte las "Meditaciones del Quijote" es un libro truncado, un libro del que sólo se publicó su primera parte. Nos encontramos, por consiguiente, ante un filósofo que fue desgranando los frutos de su pensamiento en diversos escritos, muchas veces de índole ajena —en apariencia— a la meditación filosófica. De ahí la sorpresa de sus lectores primerizos —o de los lectores superficiales— al no encontrar en su vasta obra un sólo tratado, sólidamente estructurado, de filosofía. Y de ahí, también, la ineludible necesidad de asediar con método y rigor dicha obra en toda su extensión, estrechando cada vez más el cerco, si de verdad se quieren conocer la reciedumbre y la originalidad de su contenido conceptual, sin duda el más rico y el más lleno de posibilidades del mundo occidental contemporáneo.

Y esto —ese asedio metódico y entusiasta— es, precisamente, lo que se propone hacer Julián Marías a lo largo de los tres gruesos volúmenes que merced al patronazgo de la Rockefeller Foundation va a dedicar a la obra de Ortega, el primero de los cuales, de reciente publicación, origina

estos deshilvanados comentarios. Se titula: "Ortega, circunstancia y vocación", y ha sido editado por "Revista de Occidente", Madrid 1960.

Julián Marías —resulta innecesaria la presentación— reúne las condiciones precisas para conseguir los más óptimos resultados en ese ambicioso y necesario menester. Es, acaso, el alumno más destacado y más próximo al magisterio de Ortega. Conoce todos los lejanos rincones donde se ocultan las raíces de su pensamiento; sabe, además, el modo riguroso de gestarse ese pensamiento; las etapas sucesivas que lo conforman; su trabazón al ambiente real de que surge, y las posibilidades que admite de ulteriores desarrollos. Por otra parte hay en este joven pensador la originalidad y la independencia suficientes para situarse ante el maestro con científica ecuanimidad y criterio personal, sin necesitar apoyarse en servilismos de ninguna clase. En su labor encontraremos, trazado con exacto perfil, el pensamiento verdadero de Ortega. Y en adelante todos aquéllos que quieran discutirlo, incluso los que no estén de acuerdo con él, tendrán que hacerlo desde el estudio de Marías, y no desde el fantasma creado por el rencor, la envidia, o la miopía intelectual, como se viene haciendo hasta ahora.

El estudio, como es lógico, tiene en su estructura un marcado sesgo orteguiano. Por eso en la introducción aparece la circunstancia del hombre referida a España y a Europa. Son dos capítulos de historia de la cultura sabiamente resumidos. Para conocer a Ortega necesitamos, primero, conocer el mundo en que se movió: lo que encontró a su alrededor, próximo o remoto, condicionando, como retos aceptados o rechazados, su actividad. Viene luego, —en el libro—, lo puramente individual, es decir: el ambiente familiar, los primeros estudios, la estancia en determinados colegios, etc. Algo así como los factores formativos de su carácter, anclado ya para siempre en esos años juveniles. Marías estudia, también, en esta parte, las primeras amistades de Ortega, sus tempranas admiraciones, y el influjo de su inicial contacto con Alemania.

La segunda parte del libro se centra en el escritor. Ortega, ya lo hemos dicho, fue un extraordinario estilista del castellano, acaso el prosista más brillante y repleto de los últimos años. Por eso antes de adentrarse en la exposición de su doctrina filosófica, Julián Marías define y caracteriza al escritor, analizando con detalle el significado y la intención de su personal retórica, ya que ella, como vehículo de expresión, será de-

cisiva en muchos de sus enunciados teóricos, sobre todo en el uso sistemático de las metáforas.

La última parte sirve para fijar el “primer nivel filosófico” de Ortega, y señalar, desde él, sus tecnicismos científicos. Tiene lugar ese nivel en torno a 1914, año de la publicación de las “Meditaciones del Quijote”, libro donde aparece un estudio cultural de elevada tensión, congruente ya con su pensamiento trabado y original, sumido en escritos próximamente anteriores al mencionado libro. En las “Meditaciones del Quijote”, de modo más o menos encubierto, aparecen todos los temas fundamentales de la filosofía orteguiana, balbucientes unos, y expresados con precisión y rigor otros. Julián Marías estudia con detalle todos esos temas, dilucidando la tradición filosófica que cada uno de ellos acarrea, el significado que tienen en el pensamiento de Ortega, y el sesgo singular que van tomando al sumirse en el engranaje progresivo de ese pensamiento, cuyo segundo nivel acaece, sobre poco más o menos, alrededor de 1930. Los capítulos de esta última parte se titulan: “La teoría y sus requisitos”, “La idea de la circunstancia”, “La idea de la perspectiva”, “La vida humana”, “Teoría de la realidad” y “Verdad y razón”.

A lo largo de este primer volumen nos ofrece Julián Marías los presupuestos necesarios para poder empinarnos en las cumbres iniciales de la filosofía orteguiana, con puntos de vista hasta ahora inéditos. Por eso tras su lectura se acucia nuestro interés por los otros dos volúmenes, cuya publicación esperamos con impaciencia.

J. VILLA PASTUR

MIGUEL DE UNAMUNO.—“**Mi vida y otros recuerdos personales**”. Editorial Losada. Buenos Aires 1960.

“**Cuentos**”. Ediciones Minotauro. Colección Biblioteca Vasca. Madrid, 1961.

¡Don Miguel de Unamuno! Una de las dos o tres grandes figuras de la literatura española de todos los tiempos. Uno de los escritores europeos contemporáneos más considerados en la actualidad. Fecundo y disperso, con su preocupación constante de convertirse en categoría trans-

cedente, universal y eterna. Sumergido durante toda su vida —durante todo su desesperado batallar con la vida— en puras esencias de española, hasta convertirse en tuétano de raza, en “jugo” de raza.

Pocos escritores hispanos fueron tan fecundos como él. En su bibliografía se encuentran ensayos filosóficos, novelas, libros de viajes, colecciones de improperios, dramas, tragedias, comedias, tratados de intrahistoria, libros de poesía, y críticas sobre todo y contra todo. Su mirada de buho no dejaba parcela del saber sin registrar. Es, por otra parte, el escritor que nos ha legado una correspondencia más copiosa y rica.

Unamuno y Ortega y Gasset son los dos españoles militantes de la inteligencia más conocidos allende nuestras fronteras. Posiblemente, incluso, más conocidos que en España. Los trabajos que a ambos dedican los obreros de la cultura —memorias, tesis doctorales, obras de investigación total o parcial— se acrecientan considerablemente cada día que pasa. Sin embargo, en nuestra patria el conocimiento que tenemos de ellos es diferente. Los libros de Ortega, casi sin excepción, están al alcance de cualquier curioso, mientras que los de Unamuno —y conste que nos referimos únicamente a los de cariz literario— resultan difíciles o imposibles de conseguir. Muchos de ellos permanecen aún en primera edición, y otros —a los veinticinco años de su muerte— inéditos. A su poesía, por ejemplo, tan cargada de originalidad y de vigor, sólo se puede llegar, salvado “El Cristo de Velázquez”, y “Rosario de sonetos líricos”, a través de algunas antologías. Por otra parte, al recoger sus escritos diseminados por revistas y periódicos, españoles e hispanoamericanos, con diversidad de criterio, nos encontramos con una maraña bibliográfica casi imposible de descifrar. Sus obras completas se han iniciado dos veces, y en los tomos publicados, coincidentes en el número y en el título, el contenido varía sensiblemente.

Viene todo esto a cuenta de que Unamuno, amante por vocación de la paradoja, se ha convertido en una auténtica paradoja: ser el escritor más voluntariamente, más genuinamente español, de todos los escritores españoles, y, sin duda, el escritor menos conocido por los españoles. ¿Cómo se explica?

Dejemos en el aire la misteriosa y gracil curvatura de la interrogación, con todo lo que significa de desinterés y con todo lo que tiene de bochorno. Acaso en ella se encierra una estupenda página de caracterología nacional, por la que no queremos ahora transitar.

Desde hace unos días se exhiben en los escaparates de nuestras librerías dos libros de Unamuno. Uno editado en Buenos Aires (Editorial Losada, agosto de 1960), y el otro en Madrid (Ediciones Minotauro, 1961). El primero se titula "Mi vida y otros recuerdos personales". En él se recogen una serie de artículos escritos a lo largo de casi cincuenta años. El artículo inicial aparece fechado en marzo de 1887, y el postrero en enero de 1936. Abarcan, por consiguiente, toda la vida pública del escritor. Son artículos de diverso contenido, afines con una marcada nota autobiográfica. Esto, tratándose de Unamuno, apenas quiere decir nada. Unamuno llevó toda su vida a flor de piel, y la dejó, en consecuencia, en casi todos sus escritos, la presencia desbordante y gigantesca de su yo. "Hay —nos dice— quien investiga un cuerpo químico; yo investigo mi yo, pero mi yo concreto, personal, viviente y sufriente". Un poco más adelante, en el mismo artículo —titulado "Sobre mí mismo", e incluido en esta colección— añade: "Yo lo que sé es que aquellos que más llenos estaban de sí mismos son los que más han vertido a los demás, y los que más por ellos han hecho", y al final del mencionado escrito remacha su posición con estas palabras: "Yo busco a mi patria, al alma de mi patria, y sé que está en mí, dentro mío, mucho mejor que en los viejos y polvorientos pergaminos". Con justicia podrían incluirse los ensayos reunidos en "Mi vida y otros recuerdos personales" en el autodiálogo que constituye toda la obra unamuniana. Ahora bien: la parte de autodiálogo reflejada en ese libro, es, precisamente, aquélla que más atañe a la íntima y singular estructura de su ser.

La recolección y ordenación de estos artículos estuvo a cargo de Manuel García Blanco, el culto e inquieto catedrático salmantino, sin duda el hombre más ducho en papeles unamunianos, y el más familiarizado con la obra del insigne autor de "El Cristo de Velázquez". En un breve y sustancioso prólogo nos explica cómo siguiendo el conocido criterio del autor —el orden genético— respeta la cronología de los artículos, que por su tema se podrían agrupar bajo los epígrafes siguientes: "Nuevos recuerdos de niñez y mocedad", "Años de estudio y de aprendizaje", "Vida académica y universitaria", "De Re literaria", "Los contemporáneos", "La generación del 98", "Poesía y política" y "La obra literaria propia". El solo enunciado de este temario indica, suficientemente, el enorme interés del libro en cuestión.

El segundo libro al que más arriba nos hemos referido se titula "Cuentos", y se halla incluido en la Colección "Biblioteca Vasca". Su singular-

ridad radica en agrupar en un solo cuerpo —distribuído en dos volúmenes— todos los cuentos conocidos de Unamuno. La edición estuvo al cuidado de la profesora de la Universidad de Philadelphia Eleanor Krame Paucker.

El autor había recogido ya algunos de sus cuentos en el libro titulado “El espejo de la muerte”. Hace algunos años Manuel García Blanco recogió el resto en “De esto y de aquello” bajo el rótulo de “Relatos novelescos”. La edición presente funde ambas colecciones y ordena su contenido de conformidad con el argumento de cada uno de esos cuentos. Al final nos ofrece un índice cronológico.

La importancia del relato breve en el conjunto de la obra unamuniana es muy grande, no sólo por el valor literario y moral de cada uno de esos relatos, sino, también, por el carácter germinativo que en ellos se encierra. La mayoría de las novelas, y de las piezas teatrales de Unamuno, tienen su arranque en un cuento. Es como si el autor lanzase primero, en plan de exploración, la idea resumida, para rumiar y elaborar después su contenido, una vez conocida la reacción del público. Algunos de esos relatos implican desarrollos tardíos y marginales de las obras mayores. Y otros se quedaron en puro embrión. Pero en todos, sin excepción, se descubre el genio sorprendente y aventurero de Unamuno, y los caminos que atravesó su concepto de la novela, desde “Paz en la guerra” hasta “San Manuel Bueno”.

Dos libros, pues, considerables en los anales de nuestra literatura actual, no muy sobrada, por cierto, de buena prosa narrativa.

J. VILLA PASTUR

RAMON PEREZ DE AYALA.—“Amistades y recuerdos”. Editorial Aedos, Barcelona, 1961.

Desde hace dos o tres años se ha empezado a recoger, en volumen, la labor dispersa, por periódicos y revistas, de Ramón Pérez de Ayala. El hecho tiene para nosotros doble importancia, y merece ser comentado. Pérez de Ayala es uno de los escritores más sólidos de las letras españolas, estilista fecundo y original, de amplísima formación humanística, y representa al mismo tiempo, parejo con Clarín, la aportación más sobre-

saliente de Asturias a la literatura española de todas las épocas. Por otra parte a Pérez de Ayala le debemos la novela cumbre de nuestro siglo en España —“Belarmino y Apolonio”—, del mismo modo que a Clarín la más importante del siglo XIX. Esta afirmación que puede ser discutida en cuanto a “Belarmino y Apolonio”, para esgrimir en su contra los títulos de “Luna de miel, luna de hiel”, o de “Tigre Juan” (novelas, ambas, como sabe el lector, también de Pérez de Ayala), se confirma en cuanto a “La Regenta” en el prólogo puesto por Flaviarosa Rossini en su reciente versión al italiano de dicha novela, y en las palabras tajantes de Castellet, al afirmar de ella que es “la mejor novela aparecida en España después del Quijote”.

Ramón Pérez de Ayala hace ya muchos años que dejó de escribir novelas —o al menos, de publicarlas—. De todos modos las tres citadas le sitúan en destacado lugar, y lo convierten, por las dotes de observación que reflejan, en óptimo vigía de los movimientos espirituales de nuestra patria, sobre todo en los que por su edad pudo vivir de modo directo y activo. Si a esto añadimos que sus afanes periodísticos fueron constantes a lo largo de toda su carrera literaria, y que los frutos de esos afanes permanecen ocultos en publicaciones de oneroso acceso —el periódico, con varias fechas de vejez, se convierte en “ejemplar raro”— se comprende el enorme interés que ofrece el rescatar del olvido esos escritos. Lástima que la publicación de dichos artículos no se realice de un modo sistemático, agrupándolos en orden cronológico o temático. El día que se publiquen las obras completas de Pérez de Ayala, cosa inevitable, estos volúmenes representarán un estorbo, y darán lugar a confusiones en su bibliografía.

La última colección de escritos ayalinos, realizada por la editorial “Aedos”, se titula “Amistades y recuerdos”. Alude el título a la primera parte del libro donde se recogen una serie de artículos, casi todos de fecha próxima, publicados en el diario madrileño “ABC”, relativos a personajes singulares en la vida literaria, pictórica y teatral de nuestra patria en los primeros lustros del siglo en que vivimos, con los que el escritor tuvo relaciones de amistad. De estos artículos destacan, por su interés intrínseco y por los juicios valorativos en ellos sustentados, los que se refieren a “Clarín”, Galdós, Palacio Valdés, Rodríguez Soriano, Julio Cejador, Julio Antonio, Rodríguez Acosta, Solana, Unamuno, Menéndez Pidal, María Guerrero, José Tallaví, el doctor Tapia y el doctor Marañón.

La segunda parte del libro la componen cuatro artículos en serie, publicados en 1930 en el periódico "El Sol". En ellos el escritor analiza, con perspicacia y originalidad, algunas condiciones específicas del carácter español a través de la envidia y del amor. Pertenecen estos escritos —o mejor dicho: este escrito— a la faceta ensayística de Pérez de Ayala, que es, precisamente, en donde sus condiciones literarias campean con más libertad. En él, el pensamiento del escritor, arropado con copiosa erudición y rico siempre en sugerencias, se muestra potente de vigor, en plena madurez. Constituyen estas páginas un excelente ejemplo del mejor estilo ayalino, magro, expresivo y graciosamente barroco.

El libro termina con una parte dedicada al quehacer literario. En ella las últimas preocupaciones de Pérez de Ayala, de tendencia classicista, no exenta en algunos momentos a la inclinación divagatoria, por donde se desborda la extraordinaria cultura del novelista, aparecen clara y lúcidamente expuestas. En los escritos más recientes de este escritor se registra un fenómeno de gran interés para estudiar su obra, que hasta ahora, según nuestros conocimientos, no ha sido señalado. Consiste el fenómeno en la reviviscencia de su propio pasado intelectual. Pérez de Ayala reactualiza en esos escritos, con la experiencia acumulada en su larga y fecunda vida, los problemas iniciales de su carrera literaria, es decir: los problemas que, de un modo o de otro, acucieron su juventud inquieta y fervorosa. Es como un mirar hacia atrás con el deseo de enmendar idealmente los fantasmas remansados en el "humo dormido" de los recuerdos.

El libro que acabamos de comentar merece, por muchos conceptos, la atención de todas aquellas personas interesadas en el intrincado mundo cultural de nuestro tiempo. Un libro de Pérez de Ayala es siempre un libro que se lee con agrado; un libro cuya lectura deja en nuestro ánimo caudal suficiente para muchas meditaciones.

J. VILLA PASTUR

RAMON PEREZ DE AYALA.—*Fábulas y ciudades*. Editorial Destino, Barcelona, 1961.

El libro que hoy traemos a estas notas —"Fábulas y Ciudades"— es un libro formado con diversos artículos periodísticos de Ramón Pérez de

Ayala. Desde hace unos años, de tiempo en tiempo, aparece algún libro cobijado bajo el nombre de tan egregio escritor. Esto no deja de ser curioso, porque el último libro dado a la publicidad por Pérez de Ayala se remonta, si la memoria no nos falla, a los años veinte y tantos. Fue la colección de novelas cortas titulada "El ombligo del mundo". Desde entonces su labor conocida se reduce, únicamente, a breves ensayos, casi siempre de tendencia humanística, aparecidos en la prensa diaria. Algunos de estos ensayos, con otros de época más antigua, nutren el contenido de los mencionados libros, en cuya selección no interviene, de acuerdo con lo que en los mismos se dice, el autor. Esta forma de "hacer" libros resulta en España bastante corriente. La mayoría de los de Unamuno tuvieron ese origen, igual que los de Ortega, y los de Azorín. De los últimamente publicados con escritos de Pérez de Ayala, posiblemente sea el que ahora nos ocupa el que mantiene mayor uniformidad temática.

Después de haber leído este libro, sacamos una conclusión clara, terminante, y, acaso, paradójica. El valor de los artículos que contiene sólo en esta coyuntura alcanzan plena vigencia literaria e ideológica. O sea: que descubrimos de pronto que su lugar adecuado no era el periódico. Incluso puede afirmarse más: que el periódico les perjudicaba. En España el lector medio, caso de que existan lectores de índole distinta a aquellos que puedan calibrarse con un mismo rasero, busca en el periódico, haciendo gala de una pereza mental casi envidiable, la noticia sensacional y pasajera: el fichaje de un nuevo cimarrón por el Real Madrid, o el apasionante curso del último dolor de muelas de la reina Fabiola. Hablarles a esos señores de Esopo, de Tolomeo Soter, o de Dido, son —no nos queda más remedio que reconocerlo lealmente— ganas de incoordinar.

El español disciplinado y burgués tiene una prensa idónea que le surte, con espléndida holgura, de cuanto necesita saber para consumir, en amena charla, sus horas de asueto. Procurar introducir, de soslayo, en su mollera problemas de matiz cultural, viene a ser algo así como querer que le ocurra lo que al negro del sermón, y en consecuencia, quien tal procura, sólo puede ser motejado de periodista perverso. Que es, en resumidas cuentas, el caso de Pérez de Ayala.

"Fábulas y Ciudades" se compone de algo más de una treintena de artículos en los cuales las reconocidas virtudes del escritor como estilista señero de nuestro idioma, se confirman de una manera plena. Su prosa rica de matices, expresiva, abundante de giros, con cierta tendencia a la

voluta barroca, campa por todos ellos. El libro, de conformidad con el título que ostenta, se divide en dos partes: fábulas, y ciudades.

En la primera parte el escritor nos introduce en el origen intencional de las fábulas, pesquisando a través de los restos esopianos el significado doctrinal e ideológico de dichos relatos, así como el contenido moral que encierran. La fábula es la expresión de una experiencia individual donde la astucia y el ingenio acotan paradigmas apropiados para ciertas situaciones vitales. Existe, por lo tanto, en ellas —o aún mejor: en la moraleja que de ellas se desprende— una conformación dinámica adaptable a determinadas actuaciones humanas. No olvidemos que en la moraleja —no hay fábula sin moraleja— aparece casi siempre preconizada, de una forma o de otra, “la moral del esclavo”, es decir: el triunfo, por medio de características argucias, del débil sobre el fuerte. Tampoco debemos olvidar que en las fábulas se parte siempre de una experiencia concreta, capaz de generalizarse, y, en consecuencia, el dramatismo que la informa se origina, precisamente, en la dialéctica del débil contra el poderoso, o, lo que es lo mismo, del individuo frente a la especie.

Pérez de Ayala señala, en este libro, con tino y gran acopio de erudición la presencia de la fábula en la organización radical del mundo griego: en sus ideas religiosas, y en su sentido de la justicia. Destacan en este aspecto los artículos dedicados a Esquilo.

La segunda parte del libro, iniciada con el nacimiento y el esplendor primigenio de Alejandría: su aportación cultural como foco rutilante del helenismo, y su contribución al estudio de los problemas bíblicos, se dedica íntegramente a estudiar el origen, en general, de la ciudad, o sea: de las primeras agrupaciones urbanas aparecidas en la faz de la Tierra. Partiendo de consideraciones de tipo antropológico y político, Pérez de Ayala procura adentrarse —exponiendo sus teorías con sólidas razones— por los fenómenos aurales de los primeros centros urbanos; fenómenos determinados casi siempre por una emulsión activa de motivos geográficos, castrenses y mercantiles, o bien por el predominio de uno de ellos.

“Fábulas y Ciudades” resulta uno de los libros de ensayos más interesantes de cuantos se publicaron en España durante los últimos años. Un libro, además, —posiblemente el mejor libro de ensayos de Pérez de Ayala— que enlaza por su rigor, por sus originales puntos de vista, por la novedad de sus noticias y por su fuerza expositiva, con los amplios cauces literarios de “Tigre Juan” y de “Belarmino y Apolonio”.

Estos ensayos que al parecer, primerizos, en un periódico madrileño, granjearon para su autor la antipatía de muchos lectores, nos parecen ahora, en la prieta y orgánica gavilla del libro, una de las contribuciones más sólidas y decisivas hechas por un escritor español al estudio del mundo clásico. Y con esta afirmación resumimos el efecto que nos ha producido su lectura.

J. VILLA PASTUR

JAIME GIL DE BIEDMA.—“Cántico, El mundo y la poesía de Jorge Guillén. Biblioteca Breve, Editorial Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1960.

Jorge Guillén nació en Valladolid en 1893, y Jaime Gil de Biedma en Barcelona en 1929. Ambos son poetas. El primero con obra abundante y repleta. El segundo con un solo libro, “Compañeros de viaje”, lleno de augurios prometedores. Los dos cultivan, además, la erudición. Esta semejanza de destinos hace que el estudio que recientemente Gil de Biedma ha dedicado a Guillén despierte el interés de todos los aficionados a la buena poesía.

La obra poética, hasta ahora, de Jorge Guillén se agrupa en un libro completo, “Cántico”, y en dos probables: “Clamor” y “Homenajes”, en vías de publicación. “Cántico” abarca, por lo menos, veinticinco años de sucesiva gestación. Comenzó a publicarse en 1928 y terminó en 1950, con dos escalas intermedias, una en 1936 y otra en 1945. Cada una supone un aumento de poemas, una nueva distribución de éstos en el cuerpo del libro, y alguna ligera corrección. Por su unidad y por su contenido es, sin duda de ninguna especie, uno de los libros más considerables de la poesía española de todos los tiempos. Y a él es, precisamente, al que dedica su atención Jaime Gil de Biedma.

Así como “Cántico” se mantiene homogéneo en todo su desarrollo —sus cuatro ediciones—, “Clamor” se muestra ya dividido en tres tramos diversos de contenido, ligados entre sí, únicamente, por la intención genérica. Su primera parte, publicada hace un par de años, se titula “Maremagnum”, y en ella, el poeta se hace eco de la situación social y política de su mundo. La segunda, publicada ya, toma su nominación de

un verso de Jorge Manrique: "... que van a dar a la mar", cuya pauta nos descubre su fondo elegíaco. En esta segunda parte figuran, con independencia del resto de la obra, dos extensos poemas editados ya en folletos sueltos: "Huerto de Melibea" y "Lugar de Lázaro". De la tercera parte de "Clamor" carecemos totalmente de noticias, aunque algunos de sus poemas aparecen incluidos en dos recientes antologías guillenianas: "Viviendo y otros poemas", (Biblioteca Breve, Seix Barral, S. A., Barcelona) e "Historia Natural" (Papeles de Son Armadans). Su tercer libro: "Homenajes", recogerá, como indica su título, poemas dedicados, —o la manera— de poetas amigos, y algunas traducciones, tales como las de los sonetos de Jean Cassou publicados hace unos cuantos años en cordial pleitesía a la labor de este gran hispanista, y la tan conocida del "Cementerio marino".

"Cántico" es uno de los libros más seriamente estudiado de nuestra poesía contemporánea. Entre otros muchos críticos, se ocuparon de él con detenimiento Amado Alonso, Casaldueiro, Guillón, Blecua, Dámaso Alonso y José María Valverde. Algunos de sus poemas fueron vertidos al alemán por Ernest Robert Curtius, y el prólogo que puso a su traducción aparece incluido en su estupendo libro "Ensayos críticos de Literatura Europea". Los estudios que se le dedicaron en revistas literarias, a la obra terminada —cuarta edición—, o a sus sucesivas apariciones, son tan numerosos que la sola reseña de los más importantes colmaría, con mucho, el espacio de que ahora disponemos para enfrentarnos con el libro de Jaime Gil de Biedma; libro que lleva por subtítulo "El mundo y la poesía de Jorge Guillén".

El párrafo anterior nos indica claramente dos cosas: la alta calidad literaria de "Cántico", y la existencia en él de problemas de tipo hermenéutico. Dos cosas que, desde luego, se descubren inmediatamente en su lectura. Jorge Guillén está considerado como el representante más genuino de la "poesía pura" en la generación del 27, y, por ende, como un poeta hermético y abstracto, en el que los ingredientes intelectuales superan a los de contenido emocional. De él dijo en cierta ocasión Juan Ramón Jiménez que era un gran poeta sin "gracia".

Gil de Biedma se hace cuestión, en su amplio estudio, del fondo intelectual, reflexivo y objetivo que lastra el mundo del poeta. Por eso se inicia planteando los supuestos elementales, básicos, que subyacen en el trasfondo de "Cántico": el hombre ante y con las cosas. Jorge Guillén es uno de los poetas que con más amplitud usó de la mirada. Ver

resulta una delicia, y esa delicia se acrecienta a medida que la función de mirar captura mayor número de objetos. En un poema titulado "Las doce en el reloj" nos dice:

.....Era yo,
centro en aquel instante
de tanto alrededor,
quien lo veía todo
completo para un dios.

La corteza más esplendorosa de su poesía se presenta como una fusión espontánea y gozosa del ser con todo aquello que le rodea, por humilde y cotidiano que sea. Pero tras esa corteza, en una capa más honda, más vigorosa y feraz, aparece siempre la reflexión, y su correlato inmediato en esta poesía: el orden. Y en el orden, las cosas, al estar entre sí en auténtica correspondencia, condicionan nuestro destino:

Todo me comunica,
vencedor, hecho mundo,
su brío para ser
de veras real, en triunfo.
Soy más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
soy su leyenda. ¡Salve!

Existe en la poesía de Guillén un rasgo diferencial, que la recorre íntegramente: la aceptación optimista de la circunstancia. Posiblemente en ello radique todo su encanto, y toda su pureza. El carácter "ontológico" que algunos quieren descubrir en ella apenas tiene vigencia, y aparece, desde luego, mucho más paliado que el "cosmológico". El concepto de "ser" se presenta siempre en "Cántico" subordinado a un destino personal, y en relación con cuanto le rodea: las cosas, el amor como acto de creación y, por consiguiente, como germen de historia, y la muerte como límite extremo de la circunstancia, aceptada, por ello, como justa fatalidad, que termina con la desaparición del recuerdo en esa circunstancia.

Jaime Gil de Biedma analiza con agudeza y sagacidad el contenido

temático y poético de "Cántico". Acaso sus aciertos más visibles estén en la forma de presentarnos el papel que el amor juega en esa poesía, y las consecuencias que de él se desprenden para comprender el opulento hervor, rico en contrastes y en matices, del mundo guilleniano. Tiene, también, mérito positivo el estudio de la temporalidad, expuesto por el autor, donde la forma elegíaca, presente-pasado, sólo aparece de modo claro en los poemas más tardíos y divagatorios, siendo, en consecuencia, la esperanza en el futuro la nota temporal que caracteriza las primeras ediciones de "Cántico". Para Biedma la más compacta, cerrada y uniforme es la de 1936, y la más llena de sugerencias la de 1945.

"Cántico: el mundo y la poesía de Jorge Guillén" —título completo de la obra de Jaime Gil de Biedma— reúne cuantas apetencias críticas, valorativas y estimativas, pueda desear el gustador de la buena poesía. Es un libro escrito con fervor e imparcialidad a la vez, como emocionado tributo que un poeta joven —cumpliendo uno de los imperativos generacionales— rinde a un poeta viejo, al que se halla ligado por vínculos de formación, y del que, al mismo tiempo, se encuentra separado por imposiciones cronológicas. De ahí el gran interés que subsidiariamente ofrece este libro para el cabal entendimiento del desarrollo de una importante parcela de nuestra poesía actual.

J. VILLA PASTUR

LUIS CERNUDA.—*Poesía y Literatura*. Biblioteca Breve.
Editorial Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1961.

Posiblemente de todos los grandes poetas de la generación del 27 sea el sevillano Luis Cernuda el menos conocido. Su obra poética, por circunstancias especiales, apenas tuvo difusión en España. Tras los primeros tanteos —"Perfil del aire", Málaga 1927, y "Donde habite el olvido", Madrid 1935— toda su obra se recoge en un solo volumen titulado "La Realidad y el Deseo", cuya primera edición, publicada por "Cruz y Raya" en 1936, próximo ya el inicio de nuestra guerra, pasó casi desapercibida para los aficionados a la poesía. En ella se incluían seis libros, los dos citados, transformado el título del primero en "Primeras poesías", y los cuatro siguientes: "Egloga. Elegía, Oda", "Un río, un amor", "Los placeres prohibidos" e "Invitación a las gracias del mundo".

La segunda edición de "La Realidad y el Deseo" salió en México en 1940, incrementada con un nuevo libro, "Las Nubes", impreso más tarde (1943), en Buenos Aires, de modo independiente. En esta última ciudad publicó en 1947 su octavo libro de poesía, titulado "Como quien espera el alba". Y en 1958 la editorial mexicana "Fondo de Cultura Económica" incluyó en su catálogo la tercera, y hasta ahora, última, edición de "La Realidad y el Deseo", con todos los libros ya citados y dos nuevos: "Vivir sin estar viviendo" y "Con las horas contadas". A este último pertenece la colección "Poemas para un cuerpo" publicado en Málaga en 1957 en edición limitada y fuera de comercio.

A los diez libros de poesía enumerados en las líneas anteriores es preciso añadir dos de poemas en prosa: "Ocnos", que en edición definitiva apareció en Madrid en 1949 (Revista "Insula") y "Variaciones sobre tema mejicano" (Méjico, 1952), y, para completar su producción creadora, el breve librito titulado "Tres narraciones", impreso en Buenos Aires en 1948.

En términos generales la poesía de Luis Cernuda es mucho más esencial que la de sus compañeros de generación, y mucho menos inclinada a las modas del momento, si excluimos "Un amor, un río", volcado hacia el superrealismo. Los temas en ella tratados tienen siempre valor universal, y se anclan, en todo instante, a las preocupaciones básicas del hombre. Es una poesía de arraigo intelectual, cruzada a veces de ráfagas románticas, con resonancias de un vago y extraño misticismo, donde predomina un hondo sentido de soledad. En su vertebración intervienen los ecos decisivos de la poesía europea del siglo actual, ya que sin duda es el poeta español moderno más abierto a los aires de afuera. De ahí que no resulte aventurado predecir que su papel, dentro de la generación que lo enmarca, obtendrá, con el tiempo, estima superior a la de muchos de sus compañeros situados hoy en el ápice de la fama.

Luis Cernuda ejerce, desde hace bastantes años, funciones docentes en el extranjero, dictando lecciones de literatura española. Hay, por consiguiente en su persona —al igual que en Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Pedro Salinas y Jorge Guillén— una dimensión crítica, reflejada, precisamente, en "Estudios sobre Poesía Española Contemporánea" (Madrid 1957), libro del que a su hora nos ocupamos en estas mismas páginas, y en el que ahora va a ocupar nuestra atención: "Poesía y Literatura", recién publicado por la Biblioteca Breve de la Editorial barcelonesa "Seix y Barral, S. A."

“Poesía y Literatura” consta de tres partes. En la primera figuran varios estudios dedicados a desentrañar algunos problemas relacionados con las letras patrias. La segunda parte se ocupa de escritores extranjeros. Y la tercera se inclina hacia la propia obra. De todos modos no cometeríamos ningún error si afirmásemos que todo el libro aparece empañado de acentos autobiográficos, y lo que el autor busca en él es, sobre todo, defender su poesía, su génesis emotiva y conceptual a través de sucesivos y lejanos enfoques. No olvidemos el sentido personalista que palpita siempre, para bien o para mal, en todos los escritos de este singular poeta.

De los trabajos reunidos en la primera parte de este libro destaca el dedicado a la “poesía popular”, con el que nos hallamos totalmente de acuerdo. El punto de vista que defiende Cernuda lo hemos sustentado en diversas ocasiones, en esta misma sección, al enfrentarnos con tan debatido y espinoso problema. Los otros ensayos, de esta parte, se dedican a Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Jorge Manrique, Francisco de Aldana, y el anónimo autor de la “Epístola Moral a Fabio”. A pesar de la brevedad de todos ellos, hay en cada uno aportaciones de gran interés, originadas en el soporte expresivo que el autor señala en el lenguaje de esos poetas. Termina esta parte con un clarividente estudio sobre Galdós.

En la segunda parte del libro el interés se centra en un ensayo sobre la obra de André Gide, que nos ayuda a conocer tanto al escritor francés como algunos hechos cardinales, e imprescindibles, en la obra del escritor español. En un largo artículo publicado hace un par de años por el poeta en “Papeles de Son Armadans”, y recogido ahora en la última parte de este libro, nos cuenta como por consejo de Pedro Salinas comenzó a leer a Gide. “Me figuro —escribe— que Salinas no podía suponer que con esa lectura me abría el camino para resolver, o para reconciliarme, con un problema vital mio decisivo”. La importancia, por consiguiente, de este ensayo para valorar en su justo sentido algunas tendencias poéticas y morales de Luis Cernuda, aparece expresado con inequívoca claridad en las palabras copiadas, siendo por ello innecesaria cualquier otra aclaración. El resto de los capítulos de esta parte se refieren a Andrew Marvell, Robert Browning, William B. Yeats y Reiner Marie Rilke.

“Poesía y Literatura” termina, como ya hemos dicho, con tres artículos autobiográficos: “Palabras antes de una lectura”, en que fija su posición inicial en la poesía; una defensa de las supuestas influencias

que algunos críticos quisieron descubrir en “Perfil del aire” de Jorge Guillén, que Cernuda rebate afirmando que esas influencias, o mejor: esas coincidencias visibles en “Perfil del aire” y en la primera edición de “Cántico”, provienen de Mallarmé, recibidas por él directamente e indirectamente, a través de Valery, por Guillén. Y por último el artículo antes mencionado, “Historial de un libro”, publicado a raíz de la aparición de la tercera edición de “La Realidad y el Deseo” en la revista de Cela “Papeles de Son Armadans”, donde Cernuda analiza con todo detalle el desarrollo de su poesía y las circunstancias internas y externas que sobre ella gravitaron, siendo, en consecuencia, este ensayo guía insuperable para transitar con seguridad por el mundo poético de Cernuda.

J. VILLA PASTUR

JOSE MARIA CASTELLET.—*Veinte años de poesía española*.
Antología 1939-1959. Editorial Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1960.

El libro que va a ocupar ahora nuestra atención: “Veinte años de Poesía Española. Antología 1939-1959”, es un libro que merece, por muchos motivos, los más encendidos elogios. A través de sus páginas podemos asistir al desarrollo de la faceta literaria más vigorosa y decisiva de nuestras letras actuales. Para nadie es un secreto que la poesía española del siglo XX, inaugurada con Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, y continuada después, con idéntico nivel de calidad y mayor riqueza de matices, en los poetas de la llamada generación del 27 —Salinas, Guillén, Lorca, Alberti, Diego, Aleixandre, Cernuda, Prados, Altolaguirre, Quiroga, etc.— se situó en lugar preeminente de la literatura europea. El valor, por lo tanto, de esa poesía, sobre todo después de los estudios de Macri, Bowra, Curtius, Friedrich, Cassou y Couffon, por citar únicamente el reconocimiento que merece a la crítica extranjera, nadie lo discute. Pero en ese continuo fluir de valores —recordemos que tras la generación del 27 parece dibujarse otra en torno, precisamente, al año 36 (tercer centenario de Garcilaso) con Hernández, Rosales, los Panero, Vivanco, Ridruejo, Celaya, Rejano, Cremer, Herrera Petere, etc.— surge, con su tremenda rotura y convulsión,

la guerra, y las múltiples consecuencias a ella inherentes. Era, pues, posible la pregunta varias veces formulada con diversas intenciones: ¿La poesía española, tan próspera y rica hasta el año 36, continuó después manteniendo análogo cauce de abundancia y calidad?

Una respuesta concreta, y razonada, a esta pregunta nos la da Castellet en la documentada Introducción puesta a su Antología. Por eso antes de entrar en su análisis la recomendamos a todos los que, de una forma o de otra, se interesen por esos estudios, o sientan, al menos, el cosquilleo de la sensibilidad ante el poder arrollador de la poesía. Es un estudio serio, con ponderado sentido de la función crítica, escrito —nos referimos, naturalmente, a la Introducción —con objetivismo y manifiesto deseo de imparcialidad. No olvidemos que en la poesía española actual existe bastante beligerancia.

El libro consta de dos partes íntimamente ligadas entre sí: la Introducción y la Antología. Esta última aparece dispuesta en sucesión cronológica, iniciándose en 1939, y agrupando cada año los poemas que de forma concreta señalan las preocupaciones poéticas en él imperantes. Lógicamente las diferencias que aparecen de año en año son minúsculas y casi inadvertidas. De ahí que Castellet señale en esa sucesión cronológica un hito importante: el año 50 que corresponde a la derrota de la “juventud creadora”, patente en la “Antología Consultada de la Joven Poesía Española”, donde no figura ni un solo militante del “garcilasismo”. A partir de ese año la poesía española, en manos de los nueve poetas figurados en el último libro citado, y de otros que entonces empiezan a darse a conocer —sin olvidar los maestros del 27—, toma un marcado sesgo social, para llegar a lo que Castellet acertadamente denomina “realismo histórico”. El simbolismo, pujante aún en la generación del 27 hasta el año 36, y el “neoclasicismo” de los garcilasistas, desaparece totalmente de nuestra poesía, al menos de los poetas auténticos que deciden vivir con arrestos humanos frente al mundo que les rodea, dando testimonio de sus ineludibles derrumbes. Todo esto lo podemos percibir con claridad y exactitud en el libro que nos ocupa.

Las consideraciones teóricas e históricas de Castellet, que figuran en la Introducción, las suscribimos íntegramente en sus líneas generales. Coinciden con lo que desde hace tiempo, en estas mismas páginas, venimos repitiendo al hablar de la poesía contemporánea. Vamos, sin embargo, a señalar algunas omisiones del tratadista, unas de escasa importancia, y otras que, si bien no afectan al espíritu de su consideración

global, resultan extrañas en persona que tan amplios conocimientos demuestra tener del desarrollo de la poesía española durante los últimos años. Ni en la Introducción, ni después en las páginas de la Antología aparece para nada el nombre del malogrado poeta santanderino José Luis Hidalgo. ¿Cómo es esto posible? José Luis Hidalgo fue uno de los poetas más finos, más delicados y más originales, que tuvo la literatura española. Además es en él, precisamente, donde se manifestó de modo acusado —recordemos que murió en 1947— un decidido impulso de rebeldía contra las formas de contención clásica, y contra los conformismos sociales. Su libro “Los Muertos” es prueba terminante de ello, y además uno de los libros más importantes de la poesía española de los últimos años. Tampoco figuran en la Antología Julián Andúgar, Javier Bengochea, Carlos Sahagún, ni otros que sentimos no recordar, dignos de co-dearse con casi todos los poetas en ella incursos.

Estamos de acuerdo con Castellet en el valor que adjudica, como vehículo de protesta contra el “garcilasismo”, a la revista leonesa “Espadaña”, donde no obstante, silencia el nombre de su promotor más entusiasta: el sacerdote señor Lama. En cambio nos extraña que no aluda para nada a la revista santanderina “Proel”, de mucho más fuste, y más decisiva, que “Espadaña”, donde apareció la primera —y temprana— versión española de “El Existencialismo es un humanismo”, y en la que se reunieron poetas jóvenes, tan destacados en aquellos años, como el citado José Luis Hidalgo, José Hierro, Carlos Salomón, Manuel Arce, Leopoldo Rodríguez Alcalde, etc.

Encontramos justo, y muchas veces hemos insistido sobre ello, el influjo que atribuye al libro de Dámaso Alonso: “Hijos de la Ira”, en la formación del grupo más vigoroso de los poetas de nuestra postguerra. Precisamente apoyados en la fecha de la publicación de ese libro, hemos hablado en diversas ocasiones, al referirnos a la poesía española contemporánea de la generación del 44, incluyendo en la misma a Hierro, Bousoño, Nora, Otero, Celaya, Cremer, Hidalgo, Morales, Gaos y Valverde. Pero creemos que idéntica importancia que el libro de Dámaso Alonso la tuvo el de Vicente Aleixandre: “Sombra del Paraíso”, publicado en el mismo año, al que Castellet regatea, en parte, su influencia, Aleixandre gravitó decisivamente sobre la poesía de aquellos años no sólo con el libro citado, sino también con toda su obra anterior, fervorosamente leída entonces por cuantos se asomaban primerizos al quehacer poético. Por otra parte el substrato que vigoriza y concede libertad a la inspi-

ración de los poetas entonces en formación, tiene otros veneros que es preciso no olvidar: Alberti con su libro "Sobre los ángeles"; García Lorca con "Poeta en Nueva York", editado en México en 1940; León Felipe con "Español del éxodo y del llanto", y sobre todo César Vallejo con "Versos Humanos", posiblemente el eco más estable y rumuroso de la poesía española desde el año 44 hasta nuestros días, a pesar que sobre todo esto guarda silencio Castellet.

Estos son, en resumen, los reparos que, en líneas generales ponemos a esta excelente Antología. Precisamente por el alto valor que le concedemos hemos extremado nuestras exigencias. Se trata de un libro recomendable por todos los aspectos. Su disposición cronológica permite apreciar la evolución de nuestra poesía en el período que abarca. las sucesivas aportaciones que durante esos años va recibiendo, ampliando su ampuloso caudal. Tras los poetas consagrados en la "Antología Consultada", vemos aparecer otros nuevos que mantienen su elevada tensión. tales como Garcíasol. de Luis, Crespo, Claudio Rodríguez, Goytisolo, Valente, Angel González. Gil de Biedma. y, a pesar de su edad y tardía dedicación a la poesía. Angela Figuera Aymerich.

Por todo lo hasta aquí dicho no resulta arriesgado vaticinar para este libro un lugar parejo en los anales de la poesía española del siglo XX al que ocupan "Poesía Española, Antología 1915-1931" de Gerardo Diego, y las varias veces citada "Antología Consultada".

J. VILLA PASTUR

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO.—**Las Novelas de Azorín.** (Madrid, 1960. Colección "Insula". Un vol. de 316 páginas, en 4.º, con ilustraciones).

Es indudable que en la bibliografía crítica de la literatura española contemporánea los estudios dedicados a José Martínez Ruiz. "Azorín". ocupan lugar preferente. En sus obras se encuentran abundantes datos sobre la actitud adoptada por la generación del 98 frente al problema político nacional y en torno a la literatura de finales del siglo XIX. sancionada. entonces. con el beneplácito de la crítica y del público. La generación del 98 significó, en España, el revulsivo, la denuncia violenta

lanzada contra una “comodidad” estéril. Y Azorín, vocero singular de esa denuncia, apasionado primero y sosegado más tarde, ha resumido en muchas ocasiones los sucesivos episodios que la motivaron, y las consecuencias que de ella surgieron. Recordemos que fue él, precisamente, quien bautizó a la mencionada generación. De ahí el justificado interés que despiertan su figura y su obra, testimonio de una época aún debatida.

Pero en esa bibliografía, copiosa y solvente en muchos de sus títulos, existen bastantes lagunas. Nos faltan estudios referentes a algunas de las facetas que condicionan su alta calidad artística, su capacidad creadora, contrastando lo que en ella hay de deficitario y de original. Nadie se ha enfrentado hasta el presente de un modo serio, con su teatro, tan cargado de intenciones estéticas, ni con el rico repertorio de sus cuentos, donde de seguro se encuentra el caudal más opulento de su fina sensibilidad, abierta generosamente a fertilizantes aires renovadores. Igual se podía decir hasta hace poco de sus novelas, cuyo profundo significado ha rescatado ahora Martínez Cachero en el libro que motiva esta nota.

Su autor, aparentemente, se ha ceñido en él al mundo novelesco azoriniano, contrastando, con amplio acopio de datos, los ambientes, los personajes y el contenido ideológico de cada una de las novelas. Pero como humus fertilizante de las opiniones expuestas descubrimos un continuo apoyo, una referencia, implícita o explícita, a los conceptos teóricos enunciados por el propio Azorín en su extensa labor crítica. Sin abandonar en ningún momento el tema propuesto, el libro de Martínez Cachero presupone una visión genérica, total y congruente de la obra del gran maestro del noventa y ocho.

Las novelas de Azorín aparece armonizado en tres momentos sucesivos: enunciado y justificación del propósito; estudio en sentido lato del problema elegido; y consecuencias inherentes a él. Nos encontramos, pues, en su principio con una adecuada situación del objeto a tratar: estado y tendencias de la novelística española al iniciar Azorín sus actividades literarias; sus ideas estéticas contrarias al naturalismo entonces imperante y su manifiesto deseo de renovar la técnica y el contenido del género. A continuación ofrece Martínez Cachero un resumen genérico de la opinión en que son tenidas las novelas azorinianas por los tratadistas más solventes que se han ocupado del conjunto de su obra. Antes de enfrentarnos con el mundo pormenorizado de cada una de sus novelas conocemos una serie de cuestiones a ellas referentes que nos ayudan a la cabal comprensión de los problemas particulares que les conciernen.

Las novelas publicadas por Azorín hasta el presente son dieciseis: Martínez Cachero las distribuye de la siguiente forma:

a) *Vísperas*: “Diario de un enfermo” (1901). Relato de contenido misceláneo, donde se inicia el buceo en el intransferible mundo interior —de Azorín— que culminará en las tres obras autobiográficas reunidas en el siguiente apartado.

b) *La saga de Antonio Azorín*: “La Voluntad” (1902), “Antonio Azorín” (1903) y “Confesiones de un pequeño filósofo” (1904). Trilogía representativa de la tendencia noventayochista del escritor, y, por ello, las más conocidas y citadas. El personaje central de las tres —Antonio Azorín— arrastra a lo largo de ellas algunos de los rasgos más genuinos y representativos de la personalidad humana del escritor. (recorremos que fue de ese personaje de donde tomó su seudónimo). En las tres, de tramas zigzagueantes y dispersas, abundan las descripciones paisajísticas y las disquisiciones filosóficas, políticas y estéticas, demostrativas de una experiencia libresca y desordenada, en plena ebullición. Son, no obstante, estas novelas las más construidas y trabajadas de Azorín.

c) *El “dolorido sentir”*: “Tomás Rueda” (1915, con el título de “El licenciado Vidriera”), “Don Juan” (1922) y “Doña Inés” (1925). Narraciones exentas entre sí, donde un personaje de remarcado abo'engo literario es revivido en una prolongación vital, ajena a su primerizo entronque con suave y primoroso lirismo.

d) *Azorín, eternamente joven*: “Félix Vargas” (1928), “Superrealismo” (1929) y “Pueblo” (1930). Es el momento más revolucionario en la literatura azoriniana, reflejado en su adhesión a algunas tendencias, interpretadas personalmente, del superrealismo francés. Martínez Cachero califica este período de “superrealismo heterodoxo”. Se caracteriza por su estilo de “miembros disyectos”.

e) *Desasimiento y crepúsculo*: “El Escritor” (1942), “El Enfermo” (1943), “Capricho” (1943), “La isla sin aurora” (1944), “María Fontán” (1944) y “Salvadora de Olbena” (1944). Momento de gran fecundidad, sin aportación original a su acervo creador. Sin embargo la primera de ellas presenta un interés peculiar: la incorporación de un escritor noventayochista a la postguerra española. Se plantea, también, en alguna de ellas la posición del novelista caduco, con evidente manejo de elementos autobiográficos. Estilísticamente representan una especie de “manierismo” en su propio modo de hacer.

Martínez Cachero sigue en el estudio de cada una de tales novelas

un riguroso orden analítico: su emplazamiento individual en la producción del escritor; resonancia obtenida al ser publicada; contenido argumental e ideológico; personajes, y significación de los más destacados; resonancias autobiográficas; estilo y valor literario; y, por último, la capacidad fabuladora expresada en ellas, —casi siempre deficiente—, y el aprecio que merecen a los estudiosos de la obra de Azorín. La abundancia documental, la claridad expositiva, la seguridad y agudeza en los juicios y el rigor científico que campea a lo largo de toda la investigación constituyen las notas fundamentales y decisivas del libro.

En la tercera parte —último capítulo, titulado: “El novelista Azorín”— nos hallamos ante una especie de resumen donde se muestran de modo congruente los hallazgos conseguidos tras la detallada vivisección de las dieciséis novelas mencionadas, ofreciéndonos, en consecuencia, el genuino perfil del novelista. Azorín comenzó a escribir novelas en manifiesta reacción contra el naturalismo, repudiado por aquel entonces en sus escritos de crítica literaria. Y esa postura inicial teñirá su modo de hacer, condicionándola a un fino idealismo de marcado cuño impresionista. En sus relatos la acción es secundaria, y muchas veces inexistente. En ellos aparecen personajes inmersos en una situación determinada, casi siempre de contorno intelectual, cuya psicología, sin proceso evolutivo, sin trabado desarrollo interno, se presenta, sin embargo, llena de profundidad y de certeza caracterizadora, pero fragmentada y discontinua. En algunos momentos esos personajes asumen rasgos colectivos, representativos de grupos humanos peculiares. En ellos abundan bastante las notas autobiográficas. Ahora bien: esas notas se adhieren más al escritor, al profesional de las letras comprometido voluntariamente en una personal aventura estética, que al hombre de carne y hueso llamado José Martínez Ruiz. Por otra parte, las descripciones paisajísticas, prolijas en las novelas agrupadas en los dos primeros apartados, van decreciendo en el resto, para transformarse en desnudas formas enunciativas, sintéticas, rigurosamente ordenadas, en las que predomina la mera anotación emotiva y evocadora de las sensaciones que hirieron la sensibilidad del escritor, sobre todo las de tipo cromático y sentimental. Los temas tratados en esas novelas varían bastante; predominan, sin embargo, los referentes al noventayochismo, —sobre todo en la etapa inicial—, los atañentes a la condición del escritor, y los relativos a la caridad cristiana y a las motivaciones eróticas.

La importancia del libro que nos ocupa es considerable. Por primera

vez se nos ofrece, en compacto bloque, la visión del mundo novelesco de Azorín y el cabal engranaje de su técnica literaria, descubriéndonos los secretos de su afilada y generosa sensibilidad. Desde ahora será preciso contar con este libro como aportación imprescindible en la bibliografía crítica azoriniana, y como muestra magistral de lo que debe ser un estudio literario. Martínez Cachero ha escrito *Las novelas de Azorín* con fervor, con lucidez y con exacto sentido de la función valorativa. Y, por ello, ha acertado en todo.

J. VILLA PASTUR

ARTOLA, MIGUEL.—*Los Orígenes de la España Contemporánea*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959; 2 volúmenes de 648 y 599 páginas, respectivamente.

El Instituto de Estudios Políticos en su constante deseo de contribuir al mejor y más exacto análisis de la historia política española, ha editado el trabajo del profesor Miguel Artola, actual Catedrático de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, titulado *Los Orígenes de la España Contemporánea*.

En la estructura del extenso y erudito estudio de M. A. puede establecerse perfectamente una tripartición condicionada por el análisis de cada uno de estos tres extremos: a) análisis del Antiguo Régimen, de la estructura social y política de la España de aquel momento histórico así como de las causas que determinaron la crisis de tal concepción política; b) análisis del proceso de gestación determinante del levantamiento nacional de 1808, "año crepuscular de una España nueva"; c) análisis del quehacer político programado por la naciente ideología. En torno a estos tres trascendentes extremos puede agruparse, a nuestro juicio, todo el contenido del libro de M. A.

La por nosotros considerada como parte primera contiene, según dejamos dicho, un análisis certero no sólo de la España del Antiguo Régimen y de su estructura socio-económica, sino también de las causas determinantes de la crisis de la ideología vinculada a tal tiempo histórico: crisis de la nobleza como institución, crisis estructural de la Iglesia, crisis en los órdenes jurídico, económico y financiero; figurando

asimismo en esta primera parte, un estudio espléndido de la situación de la deuda pública española y de la desamortización como programa, señalando M. A. las dos direcciones que necesariamente han de diferenciarse en el proceso desamortizador toda vez que en un primer momento la desamortización que se pretende va acompañada de una simultánea y profunda reforma agraria —tal es la concebida por Floridablanca, Campomanes, Jovellanos y varios otros—, mientras que en un segundo momento, la primitiva intención se vio sustituida por la acuciante necesidad de encontrar recursos para poder hacer efectivos los títulos de la deuda pública por lo que se acude a ella pensando encontrar así el remedio y la solución a un problema de falta de liquidez.

En la que hemos calificado como parte segunda del libro de M. A. se estudia, a lo largo de cinco capítulos, todo el proceso previo a la gestación de la ideología doceañista. De todos es conocido el papel importantísimo que en el levantamiento de la comunidad nacional frente al invasor francés, desempeñaron las diferentes Juntas Provinciales y de ahí la necesidad de analizar, como se hace en el capítulo II, la composición de las mismas, su faceta de auténticos poderes revolucionarios y su postura frente al Consejo de Castilla, considerado luego la tendencia centralizadora comunmente sentida ya que la existencia de las distintas Juntas Provinciales tenía un aire de interinidad, tendencia que cristalizó en la creación de la Junta Central que es estudiada minuciosamente en el capítulo III.

Creada la Junta Central, se pensó inmediatamente en la necesidad urgente de reunir unas Cortes así como de hacer “una consulta pública de la voluntad nacional”, idea ésta última cuya paternidad atribuye M. A. a Jovellanos, quien en su exposición escribía: “llamar a los hombres entendidos a una discusión pública no lo permite nuestra actual institución, ni las presentes circunstancias. ¿Pero no hay el medio de oír sus pensamientos, convidándolos a que los propongan por escrito? ¿Y qué inconveniente puede haber en que lo hagan bajo su nombre, por medio de la prensa?”

El análisis de la convocatoria de las Cortes y del problema constitucional así como de los puntos de vista más o menos encontrados sobre tales extremos, es el tema del capítulo IV, cerrando esta parte otro capítulo, el más breve de toda la obra, en el que se aborda el estudio de la actuación del Consejo de Regencia que comenzó a funcionar el 31 de enero de 1810 y que a juicio de M. A. era “la creación del poder revo-

lucionario de la Junta Central y el heredero de la nueva legitimidad”.

En la que hemos considerado como parte tercera se estudia bajo la rúbrica genérica de “La configuración del Estado liberal” todo el tránsito de la España del Antiguo Régimen a la España creada por el liberalismo considerando la nueva estructura política a través de la organización de la economía, de la reforma de la Iglesia, de la crisis de la institución monárquica y de la nobleza como estamento privilegiado, de la reforma de la Hacienda y del Crédito público.

Cierra este primer tomo de *Los Orígenes de la España Contemporánea* el capítulo que su autor titula “Las Cortes Ordinarias y la reacción absolutista” que culminó, como es sabido, con la venida de Fernando VII y la detención o la expatriación de los elementos más caracterizados del bando liberal.

El tomo segundo del estudio de M. A. está integrado por una valiosísima aportación bibliográfica de primera mano en la que se incluyen los folletos y periódicos de la época pero sólo “los que tienen un interés político, religioso, social o económico”, incluyendo bajo el título “La consulta al país”, perfectamente clasificadas y agrupadas, las numerosas Respuestas que suscitó la llamada de las Cortes gaditanas a la opinión pública.

En suma, un estudio total del problema analizado; M. A. con una documentación hasta ahora no manejada pues no en vano ha desempolvado numerosos legajos de los fondos no clasificados de la Biblioteca Nacional y con un perfecto conocimiento del tema, ofrece en los dos tomos de su estudio —el primero de teoría y el segundo de testimonio vivo— el mejor y más objetivo análisis del fenómeno histórico que trata.

LUIS ALFONSO MARTINEZ CACHERO